

MOROS Y CRISTIANOS



ELDA

del 2 al 5
de JUNIO
1972

Gerafin

Garrigós



DANIEL GARRIGOS LOPEZ

FABRICA DE HORMAS

MAXIMILIANO GARCIA SORIANO, 26

TELEFONO 38 07 57

APARTADO 212

ELDA



FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS

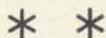
ELDA 1972



SUMARIO

San Antonio Abad
Junta Central de Moros y Crist-
tianos
Saludo de la Junta Central
Alcalde de Elda
Pregón, *por F. García Pavón*
El Museo del Zapatero, *por Er-
nesto G. Llobregat*
La Señora del Diputado Muer-
to, *por F. García Pavón*
Elda y La Amistad, *por Feder-
rico Cambra*
Coincidencias, *por Federico*
Aragón
Introito, *por Jover González*
de la Horteta
Comparsa de Cristianos
Comparsa de Contrabandistas
Comparsa de Estudiantes
Comparsa de Zingaros
Comparsa de Piratas
Sobre la Interpretación de la
Fiesta, *por Alfredo Rojas*
Navarro
Con la Venia, *por El Abogado*
del Diablo
Sentencia, *por Francisco He-*
llín Almodóvar

El Humorista, *por Zarazz*
Abderramán III Fundador del
Califato de Córdoba, *por Jo-
sé Navarro Payá.*
El Desafío del Moro, *por Jorge*
Llopis
Moros y Cristianos, *por E. Llo-*
rens Vila
El Conde Wifredo y las Moras
del Moro AB-ALI, *por Tomás*
Aguado
Elda en Alicante, *por Tomás*
Valcárcel Deza
Abanderadas 1972
Comparsa de Moros Marro-
quíes.
Comparsa de Moros Musul-
manes
Comparsa de Moros Realistas
Canto a mi Pueblo, *por Emilio*
Rico Albert
In memoriam
Resumen de un Año de Fiesta
Boda Festera entre Contra-
bandistas
Guión de Festejos



Fotografías: *Rafa - Barceló*
Dibujo e ilustración: *L. Ferrándiz - Gráficas Sajonia, S. A.*
Portada: *Serafin*
Edita: *Junta Central de Comparsas*
Impresión, coordinación y confección: *Gráficas Sajonia, S. A. - Sax*
Depósito Legal A - 136 - 1972



SAN ANTONIO ABAD
Bajo cuya advocación se celebran las
Fiestas de Moros y Cristianos en ELDA

JUNTA CENTRAL DE COMPARSAS DE MOROS Y CRISTIANOS - ELDA

AÑO 1.972

Presidente de Honor: D. Antonio Porta Vera
Alcalde del Excmo. Ayuntamiento de Elda

Presidente: D. Jenaro Vera Navarro

Vice-Presidentes: D. Miguel Camús López
D. Camilo Valor Gómez
D. José Rodríguez Espinosa

Secretario: D. Antonio Miguel Lucas Díaz

Secretario de Actas: D. Romualdo Guallart Cremades

Contador: D. Juan Martínez Calvo

Tesorero: D. Vicente Vicent Vidal

Delegado de Prensa
y Radio: D. Juan Deltell Jover

Delegado de Fotografía: D. Francisco Rico Gil

Asesor Religioso: Rvdo. D. Antonio Poveda Maciá

Vocales: D. Julián Llorens Vila
D. Antonio Barceló Marco
D. Antonio Valiente Lloret
D. José Vera Juan
D. Juan Beltrá Cremades
D. Juan Poveda Orgilés
D. Juan Calatayud Benito
D. José Andrés Beltrán
D. Enrique Navarro Payá
D. Joaquín Verdú Cerdán
D. José Muñoz Ortega
D. José Hernández Albert
D. Eduardo Gras Pascual
D. Francisco Díaz Chico

Alcaldes de Fiestas: D. José Martí Gómez
D. José Tendero

Embajador Cristiano: D. Francisco Ortega Cortés

Embajador Moro: D. Antonio Femenias Agustí





SALUDO DE LA JUNTA CENTRAL

De nuevo en los umbrales de nuestras FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS, con el pesado bagaje a cuestas de proyectos realizados, y otros que quedaron en eso, en proyectos. Intensificando el esfuerzo con el propósito de que las fiestas brillen con luz propia, y no ser satélites sin vida que emanan su luz por reflejos de otros. Propósitos que aún no se han alcanzado y que están como quien dice al alcance de la mano.

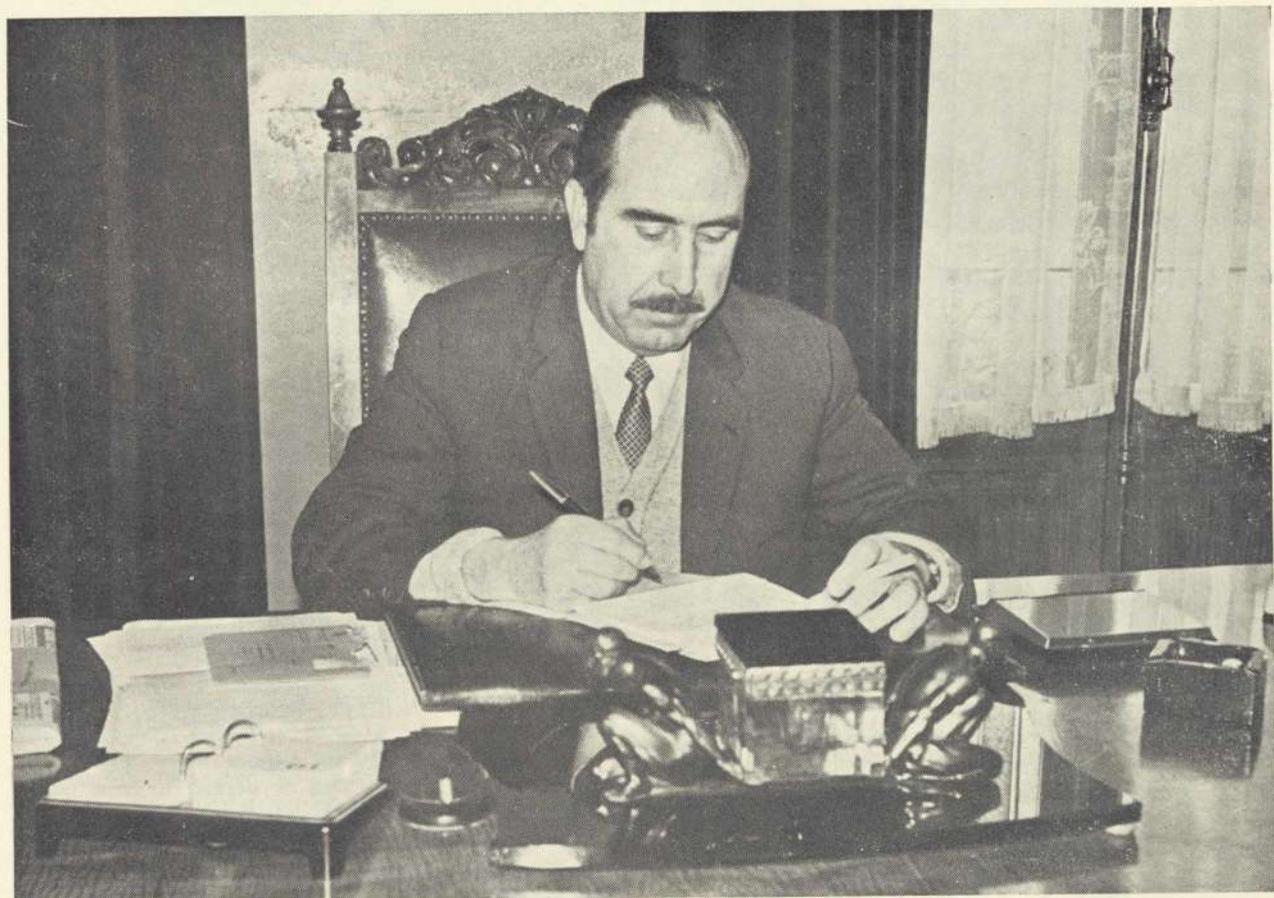
No somos nosotros los que debemos de juzgar nuestra labor, ya que podemos pecar de vanidosos y creer que lo logrado es bastante, o caer en una falsa modestia que pueda amargarnos el pensar que lo conseguido no es suficiente, comparado con el tiempo transcurrido. Estamos empezando. Sin proponérselo, nos estamos enredando en una madeja de proyectos, que iniciados se pueden realizar con facilidad, y otros para los cuales no hemos encontrado, todavía, tiempo necesario para su feliz ejecución. Esta labor de tiempo lleva también consigo una asistencia efectiva e ilusionada por parte de todos, cosa que estamos a punto de conseguir y es por tanto el acicate que nos mantiene en nuestro esfuerzo y sacrificio para el logro de nuestra meta.

Un año más que ha transcurrido casi sin sentir, y con la rapidez que pasa el tiempo cuando se trabaja. Los resultados, cuando hayan terminado las Fiestas, podremos examinarlos con la fría realidad de lo ocurrido, ya que ahora juzgarlos sería prematuro, porque nos puede cegar la ilusión de lo iniciado y esa fe que siempre se deposita en lo que se ha creado.

Son muchos ya los pueblos que celebran Fiestas de Moros y Cristianos; todos lo hacen de manera magnífica, interesante y dignas de verlas; es posible que muchas de estas Fiestas sean mejores que las nuestras, pero si tú, forastero, viniste a Elda, por oportunidad de fechas o expresamente a contemplar las nuestras, te damos las gracias, por anticipado, y puedes tener la completa seguridad de que no te defraudaremos. Ese es, por lo menos, nuestro propósito.

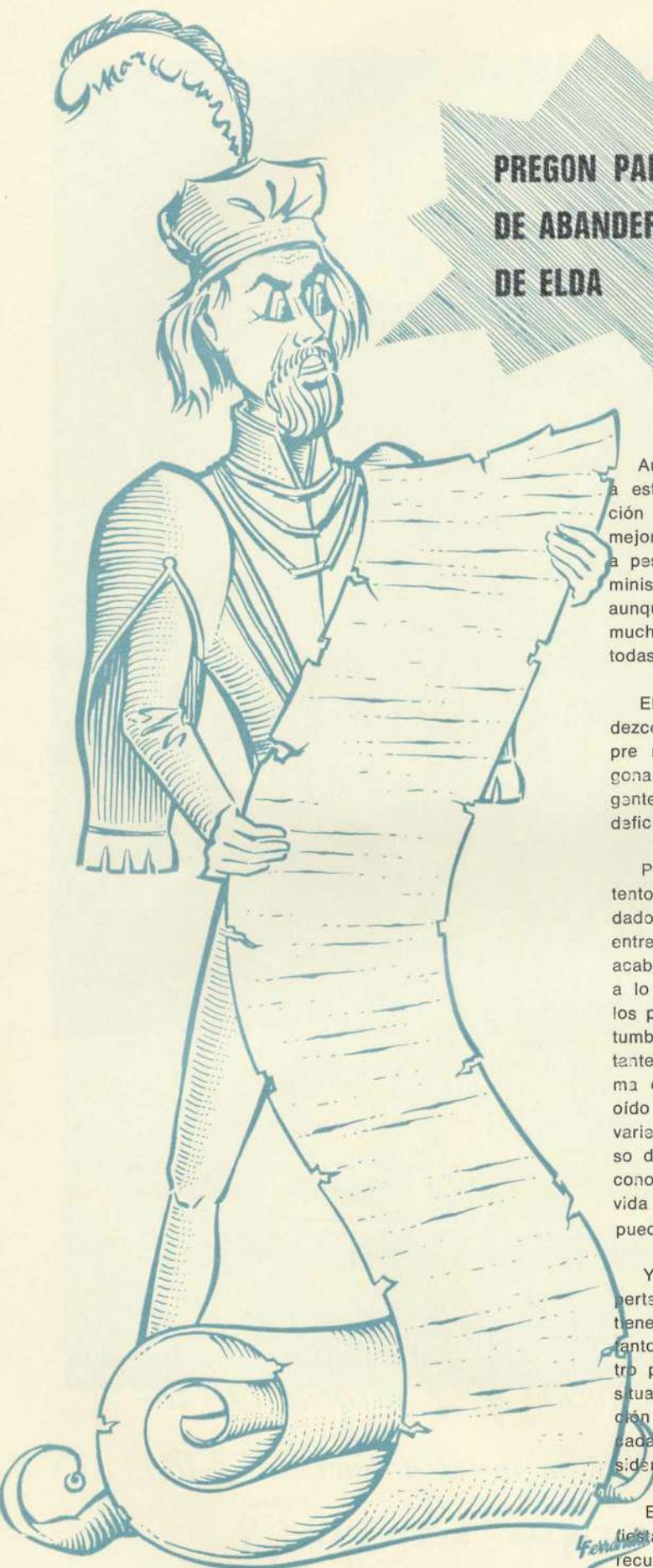


*Carroza infantil de la
Comparsa de Zingaros*



*Mi cordial saludo a todos
los hombres que con su tena-
cidad y su ilusión llenan de
colorido y de alegría las ca-
lles de nuestra querida Elda.*

A. Porta



PREGON PARA LA PROCLAMACION DE ABANDERADAS Y CAPITANES DE ELDA

Por F. GARCIA PAVON

Ante todo, muchas gracias por haberme invitado a estar entre vosotros para celebrar esta proclamación 1972 de *Abanderadas y Capitanes*... Y nunca mejor dicho lo de abanderadas, porque las mujeres, a pesar de sus inconformismos y reivindicaciones feministas, siempre son las que llevan la bandera..., aunque sus maridos y novios sean capitanes. Hay muchas mujeres de bandera, pero abanderadas son todas.

El hecho de haberme nombrado pregonero lo agradezco mucho, pero me parece un error, porque siempre me consideré antipublicitario e incapaz de pregonar nada. Menos mal que aquí, tan grata e indulgente compañía, sabrá dispensar mi escasa voz y deficiente texto pregonero.

Pero resulte el pregón como resultare, estoy contento, porque este pregón, o lo que saliere, me ha dado ocasión de conocer Elda y pasar unas horas entre nuevos amigos. Que la verdad es que nunca acaba uno de conocer España. Hay países en los que a lo largo y a lo ancho de su topografía se repiten los pueblos y paisajes, de traza muy igual en sus costumbres, dedicación, folklore y empaque de sus habitantes. Más que pueblos parecen barrios de una misma ciudad, con escasas diferencias a los ojos y el oído del viajero. Pero en España, es tan grande la variedad de sus regiones, de sus provincias, e incluso de sus pueblos vecinos, que nunca acaba uno de conocerla, aunque dedique a su estudio y visita la vida entera... Estupenda dedicación, que muy pocos pueden permitirse.

Y Elda es de esos pueblos singulares, que aunque pertenece a una provincia muy conocida y visitada, tiene características completamente distintas a la de tantos otros pueblos de su contorno. El conocer nuestro pequeño imperio fabril, características lingüísticas, situación geográfica y costumbres, será una aportación importante a mis saberes españoles, que aunque cada día son mayores, sin embargo, cada día los considero más deficientes.

El otro motivo que me contenta es conocer una fiesta que jubilosamente y de manera muy personal recuerda los siete siglos de nuestra convivencia con los árabes, que tanto influyeron en el talante de la historia de España.

Para los que no somos andaluces ni levantinos, la permanencia de los árabes en España es una faceta profundísima que sólo nos llegó a través de los libros

de texto y de las piezas de museo. Y no digo cuando se trata de manchegos, como es mi caso. Porque La Mancha fue siempre tierra de paso, tierra de liza transitada a uña de caballo por los árabes y cristianos, que ascendían, o bajaban, de Castilla la Vieja, según las épocas. Los núcleos geográficos más persistentemente árabes fueron Levante y Andalucía. Los reales de los cristianos permanecieron muy largo tiempo hacia el norte, de suerte que los solares manchegos fueron camino para los ires y venires en aquella historia, al igual que, de cierta manera, ahora lo son para el turismo. Los extranjeros que van camino de Sevilla, de Málaga, del Mediterráneo levantino o suben hacia Madrid, consideran a La Mancha y a los manchegos como pista de peaje donde lo único que merece la pena es un libro llamado "Don Quijote", que se puede leer en cualquier parte, sin necesidad de pararse en la altiplanicie, como no sea a echar gasolina... Realmente, aparte de las dos Españas políticas que cantaba Machado, siempre hubo otras dos: la España del litoral atlántico o mediterráneo, y la España del interior. La España que goza de mayor riqueza, de los bellos paisajes, puertos, playas y climas templados que invitan al placer y a la vida sin extremos. Y la España mesetaria, que es camino para las otras. Las emigraciones en busca de trabajo, de sol y de placer siempre se dirigen hacia las faldas de España. Vosotros, aunque estéis en la parte más interior del Levante, tenéis la suerte de pertenecer a esa comarca que eternamente atrajo a los viajeros: antes moros y ahora turistas y trabajadores de todas las fronteras ibéricas... De ahí que mi presencia hoy en Elda suponga nada menos que mi primer cuerpo a cuerpo con los moros de antaño, aunque aparezcan un poco alterados por el paso del tiempo y la lejanía de su forzada visita a España.

Ya veo que entre las bellas abanderadas y capitanes hay trajes de toda cronología y estilo, y que las puras esencias moras quedan muy diluidas, como ocurre con los restos árabes que se filtraron en nuestra sangre. Para los extranjeros todavía somos un poco árabes, aunque la verdad es que nosotros no nos lo notamos, a no ser por cultivar el flamenco, que tanto les gusta a los extranjeros; comer pinchitos morunos y berenjenas en vinagre.

Pero aparte de este anecdotismo histórico, también me importa hoy estar en Elda por razones casi personales. Porque Elda es un pueblo artesano, un pueblo que se ha hecho a sí mismo. Más nutrido de gentes que viven de sus manos que de viejos esquemas feudales. Pueblo que tuvo ingenio para inventarse un modo de vivir autónomo, extrafronteras, sin depender constantemente de los cierzos y los ábre-gos, que gobiernan a los pueblos exclusivamente agricultores.

Porque hay dos clases de pueblos sobre la piel de España: los inertes y faltos de imaginación, que se acunan secularmente en unos hábitos de vida tradicionales, inmovilistas, con una riqueza escasamente manipulada y engrandecida. Y los pueblos que saben crearse a sí mismos, que saben inventarse una vida, un modo de progreso, unas armas peculiares para luchar por su cuenta. Este es el caso de Elda. Los pueblos que no saben renovarse, que no saben buscarse un segundo cauce de riqueza aparte de su agricultura secular, acaban reducidos a una mínima parte, o a desaparecer totalmente. Y los pueblos que saben

reinventarse a sí mismos, se engrandecen en cada lustro y acaban siendo grandes núcleos de vitalidad y riqueza. Este, repito, es el camino de E da.

Vivimos en una época en la que miles y miles de pueblos de todos los países del mundo, y no digamos de España, por los avances tecnológicos y la imperiosa necesidad que cada cual siente de mejorar su nivel de vida, están en trance de desaparecer. Todos aquellos pueblos que fueron creados al pie de un santuario o una ermita, en una encrucijada de caminos; anejos de un convento, de un caserío rural; aldeaños de un pozo, o de un señorío que se llevó la parca, y que durante siglos han sobrevivido con su miseria agrícola, hoy, cuando todos tenemos otras apetencias y el mundo de más allá nos seduce con grandes posibilidades de trabajo y bienestar, se van despoblando año a año, hasta quedar sólo los viejos y los niños. Los viejos, en espera de su último viaje, y los niños, en espera de crecer un poco para emigrar también donde la vida tenga más posibilidades de realización colectiva e individual.

Pero a la vez que van eliminándose millares de pueblos en todos los países, otros pueblos, lejos de desaparecer, se convierten en ciudades. El futuro del mundo será el de las ciudades razonables, equilibradas. No de las aldeas ni de las ciudades gigantes. Y esas ciudades equilibradas, armónicas, en buena parte, están surgiendo de los pueblos emprendedores, con capacidad creadora, que supieron superar su etapa agrícola o ganadera y lejos de buscar su mejoría en la emigración, la hallaron en la invención, en crear nuevas fuentes de riqueza y ponerse al día del mundo. Por eso apuntaba antes que Elda es uno de esos pueblos que por su iniciativa y capacidad para enfrentarse con el porvenir será una de las ciudades modélicas del futuro español.

Apuntaba, y ahora insisto en ello, que por razones familiares siempre he admirado a estos pueblos con imaginación —y la imaginación es la más rara cualidad humana—, que saben recrear su propia vida. Yo soy de familia artesana y emprendedora, de origen levantino, que siempre luchó con iniciativa, que hizo de la vida una batalla apasionante, lejos de conformarse con vivir inerte, sobre una realidad encontrada por otros. Mi abuelo paterno, Luis García Giner, del que he hablado mucho en mis narraciones, era hijo de un alicantino llamado Francisco García, como yo, que fue alcalde de vuestra capital en el segundo tercio del siglo pasado. Pues bien, en su fábrica de muebles, que para mayor agresividad se llamaba "El Infierno", durante cincuenta años se hizo e inventó todo. Llevó la primera máquina de vapor que hubo en mi pueblo, construyó una bicicleta de madera, ideó un pedal para que los pianistas pudieran mover las hojas de la partitura sin levantar la mano del teclado, fabricó una tartana tapizada de terciopelo, con claxon y faroles eléctricos, para competir con los coches, y llenó de muebles toda la provincia. Amén, como buen levantino, fue músico, veraneaba en Alicante cuando casi nadie veraneaba e iba a Valencia tres o cuatro veces al año a comprar madera, ver a los amigos, visitar a Blasco Ibáñez o asistir a las fallas. Sí, esta inquietud fabril, este saltarse la naturaleza y la circunstancia a fuerza de imaginación que veo en Elda me fueron siempre muy familiares.

Cuando en mis viajes por el extranjero veía en muchas zapaterías zapatos de esta región, de este

mismo pueblo, y me los ofrecían como productos exquisitos, yo, claro está, no los compraba, porque uno no va a ir por ahí a comprar zapatos españoles, pero sí los acariciaba con mucha ternura, pensando en cómo estos modestos artesanos y hoy industriales, casi de mi sangre, habían sabido salir de España, cruzar el mar con sus valientes zapatos, dándole taconazos a las olas y las nubes y crear una riqueza exportable, como no lo supieron hacer otros pueblos más ricos, pero sin imaginación creadora.

Sí, desde niño, en aquella Mancha sin moros que es mi tierra, viví en contacto con mis familiares de origen levantino, que a cada instante mentaban las huertas valencianas o el mar de Alicante; que venían a comprar turrón de Jijona y tal vez zapatos de Elda. En aquella casa donde cada día se recibía el "Pueblo" de Valencia o se leía a Bíasco Ibáñez, a Azorín y a Miró, como el no va más de la literatura española.

He ahí por qué siento una especial emoción al estar entre vosotros, no sé qué vividuras de una infancia y juventud tal vez moriscas, ¿por qué no?, me se renuevan en la sangre, trayéndome los muy distantes genes de mi biología levantina.

España, vagón de cola de Europa, fue durante toda la edad antigua la recibidora de las invasiones mediterráneas y africanas. Parachoques que defendió a Europa de las penetraciones de lo que hoy llamamos tercer mundo y que en aquellas varias calendas fue el primerísimo. Esta condición de ser punta de Europa nunca se nos ha agradecido. Nunca se ha pensado en el gran servicio que prestamos a nuestro Continente, preservándolo de todas las invasiones meridionales, que de encontrar paso franco por la pasividad de los habitantes de nuestra Península, hubieran conformado una Europa muy distinta a la que es hoy. Por el contrario, esta condición de barricada que siempre le tocó a nuestro país, sirvió para calificarnos de pueblo inferior, casi africano, distinto, "diferente"... en el peor sentido. El drama y el júbilo de nuestra historia, las gracias y desgracias de nuestra biografía, residen en esa posición geográfica. Detuvimos a fenicios, cartagineses, griegos..., no pudimos detener a los romanos y convivimos durante siete siglos con los árabes, pero sin dejarles exceder nuestras fronteras. Esta mezcla constante con aspirantes de tan diversas razas y actitudes hizo de nosotros un pueblo enemigo de segregaciones raciales.

La invasión y permanencia agarena fue la más prolongada convivencia española, e influyó de manera definitiva en nuestra idiosincrasia, lengua, arte, cocina y folklore. Nuestros cantares de gesta, romancero y lírica medieval están saturados de la presencia árabe. Nuestra historia política y religiosa, para bien y para mal, también está condicionada por esa mezcla de sangres y costumbres. Nuestro folklore y talante físico todavía acusan aquella larga convivencia y... desavenencia... Y es curioso —y es a lo que iba— hoy, de todos aquellos episodios históricos y sociales, la única rememoración popular que pervive son estas efemérides de las luchas de moros y cristianos, que de manera jubilosa celebran casi todos los pueblos de

la provincia de Alicante y buena parte de Valencia.

Elda, tardíamente, pero de modo muy personal, se incorporó a estas tradiciones, recordando aquellos episodios con originalidad y alegría.

Toda la historia es inamovible, máxime si es una historia de tantos siglos, y ha contribuido a nuestra especial idiosincrasia. Y el interpretar esos capítulos de la Historia de España con humor, como lo hace Elda, es un signo de vitalidad y filosofía. De suerte que durante unos días olvida el dicho, aquí tan justo, de zapatero a tus zapatos y se emplea en una recordación gozosa de su historia.

Generalmente, cuando hoy se habla de la invasión agarena, se propende a creer que moros y cristianos permanecieron siete siglos en perpetua pelea en toda la línea fronteriza, sin que entre ellos hubiera el menor asomo de convivencia e incluso de amor y solidaridad. Y ello es un error de perspectiva, a pesar de que la historia, y sobre todo la literatura, lo tienen muy aclarado. En muchas zonas fronterizas, durante tantos siglos, la compenetración de conquistadores y reconquistados fue tan grande, aparte, claro está, de las cuñas de mudéjares y mozárabes, que en determinadas coyunturas y sitios debía ser difícil, aparte de las prácticas religiosas, diferenciar quién era moro y quién cristiano. Pues la unidad de usos, vestidos y contagio de idioma llegaba a ser tal que para el observador un poco distante debían resultar muy problemáticas ciertas diferencias. Y entre ellos, naturalmente, se daban las relaciones comerciales y amorosas, como recuerda aquel bello romance viejo de la "Morilla del bel cantar", que decía:

*Yo me era mora moraima,
morilla de un bel cantar.
Cristiano, vino a mi puerta
cuitada, por me engañar.
Abrasme la puerta, mora,
si Alá te guarde de mal.
¿Cómo te abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
Yo soy el moro Mazote..., etc.*

Y aquella amistad y convivencia de tantas ocasiones y tiempos, más allá de la gran epopeya bélica, pervive en el juego de estas fiestas de moros y cristianos de Elda y de tantos pueblos levantinos.

Hay que saber recordar el pasado con humor, como vosotros. Y yo, que hoy os acompaño tan contento, levanto mi copa para celebrar la proclamación de las *Abanderadas* y *Capitanes* que en este año 1972, cuando hay señores dedicados a rascarle a la luna y está a punto de lograrse esa nueva unidad política y económica que se llama Mercado Común Europeo, unas gentes estupendas, inventoras, trabajadoras e industriales, que se llaman eldenses, celebran con copas y gracia aquellos sucesos antañones, bellos y sangrantes a la vez, que conforman la historia de los moros y cristianos.

Muchas gracias.





EL MUSEO DEL ZAPATERO

La calle del Castillo empieza en la que antes era llamada plaza de Arriba, y como su nombre indica, conduce a las ruinas de lo que fue ilustre Alcázar. Transitar por esta calle es sumergirse de pronto en el pasado, preparando nuestra mente ante el lugar que dirigimos nuestros pasos. Pina y angosta ascendemos por ella agradeciendo por un momento este vivo contraste con las otras calles llanas y funcionales, en las cuales solemos desarrollar el filme de nuestras vidas. Al final, la calle se quiebra en un ensanche ofreciendo una perspectiva de planos a distinto nivel, como un decorado de época en el cual se juega con elementos tan valiosos como pueden ser una escalinata, un muro, un arco medieval y la irrepetible asimetría pintoresca de unas vetustas casitas.

El lugar no puede ser más propicio ni más cercano a la realidad que andamos buscando. Completamente predisuestos ahuyentamos las últimas reservas que pudiéramos traer, y damos paso franco en nuestro interior a la llamada del mundo emocional que hasta aquí nos ha traído. Levantamos la vista, y en lo alto, tras el muro que forma la calle, vemos colgada de un soporte metálico que quedó olvidado de antiguos sistemas de alumbrado el símbolo inequívocamente eldense de una bota recortada en plancha de hierro. En la pared, un pergamino, también en hierro forjado, nos muestra el vaciado de sus letras a tono de otros tiempos: "Museo del Zapatero".

Es preciso hacer un alto antes de cruzar el umbral que conduce al "pequeño mundo antiguo" de los el-

denses. Cerrar un momento los ojos y pensar. Pensar en el tiempo que se fue y que ahora nos va a salir al encuentro con todo su cargamento de recuerdos y anécdotas. Detrás va a quedar el presente, e incluso el futuro; delante se nos ofrece latente el pasado, con su inevitable lección de vida entre tantas cosas inertes, rescatadas a las primicias del momento estelar zapatero en Elda.

Entremos. El zaguán no es muy grande. Al fondo, una escalera quebrada conduce a la planta alta. En medio de la escalera, un soberbio colgante de lámpara en bronce, deteriorada de años, nos sale al paso con su añejo sabor. En la pared, dos murales. Uno de ellos representa, en un paisaje gris de lluvia, un carro cargado de bultos atascado en un barrizal, del cual su dueño quiere sacar tirando del ramal de la caballería; el otro representa al mismo carro bajo un sol aniquilador en un paisaje horizontal y desolado, y unidas ambas pinturas con la siguiente leyenda: "...Aquellos talleres caseros que cargaban personalmente su mercancía en los carros —"vendedores de zapatos en ambulancia"— para ir de mercado en feria, por esos polvorientos o embarrizados caminos, para ofrecer las primicias de una industria que nacía."

A la izquierda del zaguán se encuentra la que se ha dado en llamar "Sala del Esparto". En ella vemos una auténtica chimenea de campana con sus leños, trébedes, candiles, soplillo, posete, ollas de roja arcilla, amarillos lebrillos, cántaros blancos..., etc. Delante del hogar, unas sillas bajas de madera sin bar-

nizar y con el asiento de anea parecen recién abandonadas de sus dueños, ya que sobre ellas aparecen labores de esparto a medio terminar. Estas labores, ya acabadas, se prolongan también sobre apropiadas mesas y paredes como interesantes muestras del antiguo laborar eldense, y en un lugar destacado podemos leer: "El invierno invitaba a tejer el esparto al amor de la lumbre, en amplias y acogedoras chimeneas de campana, donde se quemaban cepas, y troncos de olivos, y almendros secos; se hacía tertulia mientras los dedos trabajaban la pleita, que se iba convirtiendo en sogas, esteras, cofines, serones, aguaderas, valeos y esparteñas. ¿Serán estas esparteñas hogareñas los más auténticos antepasados de esta industria nuestra actual del calzado?"

La sala de la derecha está dedicada a "La Aparadora". Nada más entrar contemplamos un óleo, asimismo intitolado, de un notable artista local. Hay un fogón con sus pucheros, y varios interesantes ejemplares de primitivas máquinas de aparar con sus no menos e interesantes y primitivos cortes de zapatos. También hay una cuna, ya que la aparadora ha empeñado siempre esta triple misión: hacer su trabajo de aparado, atender el guiso y cuidar del hijo. En paredes y mesas pueden verse delicadas y difíciles muestras efectuadas por la mujer aparadora a través de los tiempos. "...Por lo que pronto hubo necesidad de habilitar porches, graneros y cuartos trasteros, aunque lo normal era llevar el taller a lo familiar, a lo cotidiano e íntimo, ya que se suponía, y no sin fundamento, que los zapatos eldenses se fraguaron lentamente en un proceso radicado entre pucheros hogareños."

Siguiendo nuestro relato, y pasando por alto un sinfín de objetos que harían interminable este escrito, subimos las escaleras en busca del "Salón de Honor". Todo él está decorado al gusto decimonónico. Consolas, cortinajes, pedestales y figuras fueron donadas en su día por antiguas familias eldenses. Las paredes y mobiliario se nos muestran repletos de trofeos y diplomas conseguidos en lejanos certámenes, y una gran multitud de fotografías encerradas en elegantes marcos nos saludan con sus caras y nombres tan conocidos. Son los fabricantes, los capitanes de industria, esa especie de zapateros tan sufrida como la que más, y que supo en todo momento dar lo mejor de su pensamiento y vida. "Hubo además otros nombres importantes entre aquella pléyade de iluminados iniciadores. Nombres que debían figurar con letras de oro en nuestra historia del calzado. Todos ellos se esforzaron un día en lograr que nuestro pueblo fuese un poco mejor. Tal vez algunos soñaron con ver aquel oscuro pueblo convertido en una gran ciudad, con altos edificios y anchas y largas calles repletas de gentes felices en el trabajo..."

También hay que destacar en esta planta la sala dedicada al "Antiguo Taller del Calzado". En él se pueden apreciar multitud de objetos y utilaje relativos a la industria, algunos ya desaparecidos en el uso actual, pero que son todavía para algunos motivo de emocionado recuerdo. No vamos a dar una lista detallada de todo lo que esta interesante sala encierra, ya que haría el presente relato demasiado extenso, pero no podemos dejar pasar por alto la estupenda colección de calzados que en Elda se ha ido fabricando a través de los tiempos, ni la interesante colección de hormas y de modelos en diseño, que abarcan una larga época en la moda del calzar.

Y dejamos para el final la sala dedicada al zapatero de silla. Esta se compone de dos cuartos abohardillados, donde este inefable personaje tiene su mundo. Bajas mesitas de zapatero visiblemente gastadas por el uso nos muestran su contenido en herramientas, hormas, cortes aparados y demás utensilios que fueron de uso corriente en otros tiempos. Todo el mobiliario es el apropiado y ha sido cuidadosamente seleccionado para conseguir este efecto tan real tanto por las cosas expuestas como por el lugar en que se exhiben. Muy interesante esa pared repleta de recortes de periódicos y de tarjetas postales con los toreros, cupletistas y políticos de otros tiempos, muy del gusto zapateril y que tanto contribuyen a crear ambiente. "En aquellos años de mil ochocientos y pico, quizá alguien que martillea con tesón un zapato, tuvo, como fenómeno premonitario, una visión real, tangible, de nuestra Elda actual. Y la maravilla de aquel éxtasis le hace martillear, con más ahínco, ese zapato, que es todo un símbolo —de cara al futuro, al infinito— en sus manos creadoras."

Y este es, a grandes rasgos, el "Museo del Zapatero". Hemos redactado solamente un resumen de todo cuanto en él se encierra, ya que hacerlo detalladamente nos hubiese ocupado mucho espacio en esta revista, sin contar con el abuso del valioso tiempo del paciente lector. Por su enclave, mobiliario, y esa multitud de detalles tan inteligentemente distribuidos y expuestos en su ambiente natural, es un museo del zapatero con dimensión humana por lo entrañable y evocador, que nada tiene que ver con ese otro "Museo del Calzado", en proyecto, del que nada se sabe y del que se espera sea una fría exposición de estadísticas, técnicas y usos.

Muchos proyectos que ahora en Elda son grandes realidades fueron en su día utopías o números de fiesta. Hablar en utopía es, en este caso, como en tantos otros, hablar de futuras realidades.

LA SEÑORA DEL DIPUTADO MUERTO

Cuento por F. García Pavón

La primera vez que me llevaron a Madrid fue para que los médicos del corazón viesan a mamá, que cada día nos miraba con los ojos más pensativos. Nos llevó el tío Luis en el coche, por aquellas carreteras solitarias, y nada más llegar al paseo del Prado, un guardia nos paró por no sé qué, y tres o cuatro mozas con acento madrileño de aquel que cantaban en los chotis, empezaron a darle la razón al guardia, que nos apuntó en un papel sin quitarse el cigarrillo del rincón del labio.

Venían con nosotros el abuelo Luis y su amigo Lillo, para asistir al entierro del que fue diputado republicano por la provincia de Ciudad Real, en los ominosos tiempos liberales. Y todo el camino estuvieron recordando los discursos de aquel prohombre, mientras mamá, con la cara de miedo que ponía siempre que montaba en el automóvil, miraba los árboles y las casas camineras que pasaban corriendo hacia las espaldas del auto. En Aranjuez nos paramos a tomar un refresco en el "Rana Verde", y el abuelo contó unas anécdotas muy tranquilas, de un pintor que hablaba en catalán y que por lo visto se llamaba Rusiñol.

Nos hospedamos en el Hotel Central, que estaba en la calle de Alcalá, casi casi en la Puerta del Sol, y era donde paraban todos los tomelloseros un poco señoritos. Y así que nos destinaron habitación, mi hermano y yo nos asomamos al balcón para ver los coches que pasaban por la calle principal de Madrid... Y contamos hasta diez autos y un tranvía en diez minutos justos, cifra que nos pareció tan grandísima, que luego en Tomelloso se la estuvimos repitiendo a los compañeros de la escuela que sé yo el tiempo... Porque en aquellos tiempos en el pueblo había sólo veinte coches, según decía papá: el de Peinado, el de Bolós, el de Florentino Olmedo, el de don Jesús Ugena, el de la Loló, el de Marcelino el de la confitería, el de Angel Soubriet, el de los Comptes, los de los Torres, el de los Camachos, el de los Espinosas, el del abuelo, que era un Ford modelo T, y algunos otros que no me acuerdo ahora.

Y fue en aquel viaje cuando papá nos llevó un domingo por la mañana al Retiro a oír tocar la Banda Municipal, en un kiosco que estaba entre los árboles, y que dirigía el maestro Villa, que era muy pequeñito, pero que todos decían que era muy bueno, mejor incluso que don Santos Carrero, el maestro de la municipal del pueblo. Y cuando en el descanso de la banda tomábamos unas gaseosas en el aguaducho con camareros blancos, se acercó a saludar a papá un señor muy elegante con bastón y una florecilla en el ojal, que nos dijo cosas muy amables. Y luego nos asomamos al estanque, que estaba lleno de barcas, con mocetes en los remos. Y vimos también un corro de soldados que riéndose mucho le daban a la rueda de una barquilla. Yo no sé qué tendría aquella mañana, que todavía la recuerdo como un enjambre de luces, de flores y de aguas, y con la música allí alta, entre las hojas de los árboles que ponían sombras en los papeles blancos y el sol que miraba el maestro Villa. Por lo visto aquella tarde íbamos a ir al teatro, pero antes teníamos que recoger al abuelo y a Lillo, que habían ido a doblar la tarjeta y dar el pésame a la viuda del diputado republicano por la provincia de Ciudad Real, en los ominosos tiempos liberales... Pero yo no sé ahora distinguir muy bien la puerta de la casa del médico donde estuvimos por la mañana, y la puerta de la casa del diputado donde estuvimos por la tarde. Las dos me parecen en el recuerdo igual de barnizadas. Pero en la casa del diputado había un ascensor muy grande, que a mí me parecía un armario que subía y bajaba despacísimo.

Y de pronto salió de la casa del muerto un hombre bajito, con los ojos entornados y una boquilla con cigarro bien mordida, que nada más verlo le hizo pronunciar a mi padre.

—Ahí va don José Ortega y Gasset, el mayor cerebro de España.

Y yo le miré fijamente a la cabeza, más bien grande y con sombrero gris, a ver si comprobaba desde fuera el tamaño de su cerebro que decía mi padre, que hasta que se perdió de vista lo estubo contemplando con cara de mucho arrobamiento y veneración... Porque yo creo que lo de Unamuno fue en otro viaje, al año siguiente, cuando entramos una noche en el Café de la Montaña, que estaba casi debajo del Hotel Central, y vimos a un señor con el pelo cano, que, sentado solo, leía un periódico muy grande con los labios contraídos. Mi padre y yo nos quedamos fijos en él unos segundos, pero él no se percató de nosotros ni de nadie, y seguía con los ojos sobre aquel periódico tan grande, que casi ocupaba todo el mármol de la mesa.

Desde el portal del diputado liberal muerto, vimos al abuelo

y a Lillo —poco después de salir don José Ortega y Gasset— bajar en aquel ascensor tan despacioso, que mi padre dijo que era hidráulico, pero muy seguro. Descendían los dos muy serios por amor al muerto, pero al mismo tiempo complacidos por ir en aquel ascensor tan grande, con cristales anchísimos y unas lunas detrás, en las que se reflejaban las espaldas de los descendientes... quiero decir, de Lillo y el abuelo. Había en el portal una mesa con hojas de papel, donde firmaban y dejaban las tarjetas dobladas las visitas que subían, las que bajaban y las que no subían ni bajaban, porque sólo iban a echar la firma o a doblar la tarjeta.

Lo que yo no sé es por qué estuvimos aquella tarde tanto rato en la puerta del diputado muerto después de bajar Lillo y el abuelo Luis. Debía ser porque se quedaban hablando con gentes que iban y venían al pésame. Pero mis ojos en ningún momento se apartaron de aquel ascensor que se demoraba tanto en asomar y desasomar por aquella jaula de hierros negros que lo amparaban. Y además me daba en pensar de qué manera bajarían al día siguiente al muerto colocado en el ascensor tan brillante de lunas y cristales.

Y poco antes de ir al teatro, merendamos en la confitería de la Mallorquina, y por primera vez en mi vida vi gentes muy finas, que a la vez que comían los merengues, bebían copitas de vino dulce y se limpiaban con servilletitas. Mamá, la pobre, como se cansaba en seguida, se sentó y la recuerdo mirándome con sus ojos azules, tan grandes, y comiendo el merengue en aquella tarde tan hermosa de sol. (Cuando se sentaba, cruzaba los pies, y la falda, más bien larga, le caía mucho, casi hasta los tobillos, y los pies cubiertos con aquellas medias negras de seda y los zapatos muy brillantes.)

No recuerdo nada de lo que vimos en el teatro, ni si estuve en butaca o en platea. Sólo a Lillo a mi lado, riéndose mucho y con la gorra de visera puesta encima de los muslos.

Y fue después de la cena, en el comedor del hotel, cuando el abuelo se enfadó muchísimo recordando lo que le había pasado con la mujer del diputado muerto. Por lo visto, después de saludarla, dar el pésame a todos y decir que habían venido del pueblo sólo para acompañarlos y asistir al entierro de aquel diputado republicano de la provincia de Ciudad Real, como el bueno de Lillo pidiese ver el cuerpo presente de su correligionario y amigo, la señora les dijo (fíjate qué respuesta, decía el abuelo, mirando a mamá):

—No, por favor, que está muy poco favorecido.

—Te parece si, la tía puñetera, impedir que pasásemos a ver al difunto —repetía el abuelo, sangrando indignación— porque estaba muy poco favorecido. Pues cómo coño va a estar un muerto de casi veinticuatro horas. Y como si a nosotros nos importase o nos dejase de importar la hermosura del pobre diputado, cuando lo que queríamos era darle el último adiós por el mucho bien que hizo por la provincia y especialmente por nuestro Tomelloso...

Y cuando parecía que había olvidado ya lo que dijo la diputada y la conversación tomaba otros caminos, le volvía la indignación, y mirando por encima de las gafas, tornaba a la carga con razones como éstas:

—Y es que de verdad hay muy pocos prohombres que encuentren mujeres de sus hechuras y talento. Que sólo abundan las coseras y enhebragujas, incapaces de entender las elucubraciones del hombre algo más que mediano. ¡Dichosas mujeres! —repetió sin reparar que estaba allí mamá, mirando al suelo con sus tristísimos ojos azules.

...Y todavía cuando ya nos íbamos a acostar y apareció por el comedor don Eustasio, el dueño del hotel, el abuelo le refirió la prohibición que les hizo la señora del correligionario republicano de ver el cadáver de su esposo, porque estaba muy poco favorecido.

A las doce papá nos sacó al balcón del comedor para ver bajar la bola del reloj de la Puerta del Sol, y el abuelo siguió hablando con Lillo y don Eustasio de las virtudes del diputado republicano durante los tiempos liberales, pero ya no volvió a oírle nada de la prohibición que les hizo la señora del etc., etc.



1^{er}
PREMIO

Concurso fotografía año 1.972

Título:

BAILE ZINGARO



2^o
PREMIO

Concurso
fotografía
año 1.972

Título:
CARIÑO



Concurso
fotografía
año 1.972

Título:
GRACIA EN
LA FIESTA

3^{er}
PREMIO

ELDA Y LA AMISTAD

Cuando la amistad es sincera y noble, ¡qué bonita!, ¡qué bien te encuentras!, ¡qué satisfecho cuando ves ante ti al amigo incondicional que te escucha, que se alegra contigo, que sufre contigo, sin engaños...!

¡Qué felicidad sientes en el corazón al ver cómo contigo descansa el amigo, en ese rato de expansión y sinceridad que él lo deseaba, y que tú lo vives ahora como tuyo propio, sin doble sentido, sincero. La amistad así es una de las grandes felicidades de la vida... Es amistad de corazón a corazón, es... AMISTAD con mayúsculas... y ELDA puede tener a gala que, espontáneamente, crea y vive la verdadera amistad contigo, sin tú pensarlo, ni darte cuenta...; te da una amistad sabrosa, llena de vida, llena de felicidad..., con toda la emoción agrídulce que lleva la sinceridad, la nobleza de la AMISTAD mayúscula, del carácter de ELDA.

Dios os concedió a todos vosotros el vivir intensamente, noblemente, esa gracia llena de misericordia que es ¡la Amistad!; y que la mayoría no sabemos o no queremos comprender.

Amistad. ¡Bendita seas! Porque, con tu sinceridad, me la hiciste ver y saborear en esa ciudad de ELDA, y que al pedirme escribiera para Moros y Cristianos, fue la única idea luminosa (dentro de estos intentos literarios), que llenó mi mente, y sin pensarlo la extendí por mis cuartillas solamente con el fin de agradecerla a todos vosotros en estos días maravillosos de las no menos maravillosas Fiestas de Moros y Cristianos.

A ti, que ya conoces ELDA, mis palabras te animarán a remover los deseos de vivir unos grandes días de amistad; a ti, que no conoces ELDA... te hará pensar: ¿Será esto posible en este siglo egoísta?... Y yo te digo: ¡Ven, ven y te convencerás, que en ELDA se vive, se siente y te dan la amistad, generosa y noblemente con MAYUSCULAS, amigo!, y más aún, con motivo de estas Grandes Fiestas de Moros y Cristianos.

¡Bendita sea ELDA por su amistad sincera!... Y felices Fiestas os desea...

FEDERICO CAMBRA

"Coincidencias"

En mis correrías por esta patria chica de mis amores fui a tomar un pequeño descanso al pueblecito aragonés de LA MUELA, que está sobre unos 23 kilómetros de Zaragoza, situado sobre una meseta en los montes que se inician en el llamado Alto de La Muela, y que todos los automovilistas recuerdan aún al pasar cómodamente por el desvío y túneles modernos de esta subida... Allí me encontré con la grata sorpresa que me hizo recordar a ELDA. Sentado al abrigo de lo que en Aragón llamamos «carasol», con unos ancianos y jóvenes del pueblo, me iban relatando cómo se celebraba una fiesta de danza y discursos guerreros remotísimo en este pueblo. Me hacían ver una larga ceremonia, a cargo del general de moros y el cristiano, el rabadán y los rabadanes, la pastorela que hacía de preámbulo a una danza de paloteo... Un general cristiano que vencía en una larga batalla al moro y un larguísimo discurso por parte de ambos generales... Me decían que se realizaba sobre las Fiestas en honor de San Antonio para el 13 de junio, y me aseguraron que tenía más de doscientos años de existencia.

Podéis creerme que en el acto aproveché para mencionar a ELDA y sus Fiestas de Moros y Cristianos con toda la clase de detalles, ambiente, colorido y amistad de vida vivamente expresada en que se desarrollan éstas, sus hombres y mujeres entregados de corazón a las mismas, llamándolos a renovar y renacer algo tan soberbio como lo que ellos me habían relatado. Se caldeó el ambiente, se habló mucho y allí mismo se acordó y nombró una comisión de vecinos que irían en aquella misma tarde a visitar al Ayuntamiento que tenía sesión, para solicitar su colaboración y ayuda para dar firmeza y savia nueva con toda la expresión y colorido tradicio-

nal a dicha Fiesta, que casi podíamos llamar de Moros y Cristianos. Los vi tan ilusionados y lanzados que tengo la seguridad de pasarlo ¡fenomenal! para San Antonio, en este pueblo tranquilo y sereno de La Muela (aragonés por los cuatro costados)... como decimos por acá. Por ello, al pedirme vosotros «algo» para vuestra Revista de Fiestas, no pude evitar el recuerdo grato de este encuentro en La Muela, y como... el calor íntimo que llevo dentro de mí a impulsos de lo vivido en... vuestras Fiestas de Moros y Cristianos me hizo hablar quizá con un exceso de entusiasmo tal, que moví la ilusión y las esperanzas de aquellos hombres tostados por el sol fuerte de aquella zona seca y por ese famoso viento frío del Moncayo, que nosotros llamamos con cariño, «cierzo». Estaría curioso que por este motivo, por este entusiasmo por todo lo vuestro, sea base de renovar y dar vida a unas Fiestas que se iban abandonando y dejando en el olvido de los tiempos... Si así fuera, nadie más que vosotros, los eldenses, y mi fervor por ELDA habrían dado vida fuerte, habrían dado forma y realidad a esa cabecera de mi humilde literatura y que me atreví a «entrecomillar»... «COINCIDENCIAS». Si es así, ¡bendita sea!... porque sirvió para esperaranzar y mover unos corazones de hombres metidos en el laboreo duro de esta tierra montañesa, que si lo hacen realidad vivirán ilusionados durante muchas horas largas del invierno fuerte de esta zona... llenando sus almas de esperanza, anhelos y deseos elevados, y su vida alcanzará una agilidad emuladora de grandes empresas patrias y espirituales como son las vuestras. Con los mejores deseos para todos en estas Fiestas de Moros y Cristianos de 1972, os saluda de corazón y con la ilusión de estar con vosotros de nuevo.

FEDERICO DE ARAGON

INTROITO

Mi dilecto amigo Jenaro Vera, bizarro presidente de la Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos, me ha dado como tema, para un modesto trabajo literario que le he ofrecido, el de la transformación de la industria del calzado, desde sus comienzos a la actualidad, referida, claro es, a nuestra querida Elda. A ello voy con toda mi buena voluntad y unas go-

titas de sano humor eldense.

Los nombres, lugares y entidades que se citan aquí son, en su totalidad, auténticos. Sepan los que viven, o sus descendientes, que los nombro con profundo cariño y respeto. No obstante, si alguien se siente ofendido, a pesar de todo, les pido humildemente perdón.

Lo que va de ayer a hoy

Elucubraciones sobre la transformación de la industria del calzado de mi querido pueblo, desde que se confeccionó el primer "badoque", hasta la opulenta F. I. C. I. A. de nuestros días.

Que yo sepa, y me guío por datos que me han facilitado antiguos y probos zapateros de delante y tirapié, el primer fabricante de calzado de este venturoso valle fue el tío Moncho. Un buen pastor de cabras, que, cansado de llevar a'pargatas, de las que entonces se hacían en Elche, que le duraban en los pies lo que tardaba en ir con su ganado de la calle de San Antón, en donde vivía, a la Torreta, inventó la "alborga".

Sé que muchos eldenses de hoy dirán: ¿y eso qué es? Pues eso, mis dilectos coetáneos, fue un calzado hecho a base de esparto y sin más zarandajas ni anilinas, ni colores directos, ni rectificadores, y sin, por supuesto, problemas de curtición, como los que hoy nos agobian.

La alborga del tío Moncho era un calzado tipo sandalia kiowa, para la confección de la cual no hacía falta escalado de patrones, ni ajustar modelo a la horma, ni encargado de cortadores, ni licencia de exportador. Simplemente se iba al monte, se recolectaba una brazada de esparto y a fabricar.

Como es natural, este invento tuvo sus amarcuras y pegas, como sucede con todo lo que se inventa en este país.

El problema más gordo fue el de fabricar las dos alborgas iguales, pues en los primeros balbuceos de su industria hacía un par de ellas y una le sentaba bien a él, pero la otra le estaba mejor al tío Isidro "El Pájaro", que gastaba un 48 con alzas.

Y meditando en su problema ya entreveía en su imaginación las industrias eldenses en marcha. La de Los Veras, allá por el "Campico"; la de Rodolfo Guaiños, la de Paco Vera y... tantas otras. Todo lo veía, menos la solución de las dos alborgas iguales. Hasta que un día... Bueno, ese día no salió el sol por Los Chaparrales, salió por La Lobera de Marín, que es donde se encontraba el tío Moncho en el momento de su sublime inspiración.

Sentado muellemente en una peña, haciendo madejas de soguilla, estaba el protagonista de nuestra historia, rodeado de sus cabritas, cuando de pronto exclamó: ¡Qué burro soy! —para esta clase de inventores no existía la palabra eureka—. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Total, que era muy sencillo. Midió en varas y palmos el material de la madeja y fabricó una alborga. Luego, midió lo que sobraba y se encontró con la cantidad justa que necesitaba para un pie. Era cuestión de sumar luego el material empleado para una y sacar las dos. Lo de la suma era un poco complejo, ya que en aquellos tiempos no existían ni IBM ni calculadoras electrónicas, pero el tío Moncho era una cosa muy seria contando con los dedos y allanó la cuestión.

Bueno. No crean ustedes que a partir de allí la cosa fue sobre ruedas, no. Porque es que resulta que lo de la medida fue muy bien, pero el esparto unas veces era más grueso que otras. Dependía del lugar de su nacimiento; si el sitio era ubérrimo, el esparto era grueso, pero si había que recolectarlo en seco, y éste era el de la tía Picores, resultaba enclenque, por la sequía. Total, que si en la misma madeja había de las dos clases de esparto se encontraba con la desagradable sorpresa que le podía salir una alborga más larga que otra, según el grosor del material que empleaba.

Todo al fin pudo ser llevado a buen puerto, pues, aunque entonces no se habían inventado los controles de calidad nuestro hombre, con gran paciencia y seleccionando materiales con sumo cuidado, logró la alborga perfecta.

Fue el precursor, el pionero de la industria en este valle. Muchos aprendieron de él, y prosperó montando un almacén de materia prima para suministro a particulares. Tanto fue el dominio que adquirió en lo necesario de material para cada par, que cuando un cliente se presentaba en su casa para adquirir soguilla con qué hacer sus alborgas le decía:

—Para cuántos pares quiere?

—Para dos pares del número 40, tío Moncho.

—Pues llévate seis varas hechas con esparto de la Cuesta Bodega y dos varas y tres palmos de la Pata.

Lo mismo que hoy se distingue el Tafilete de Tenoria o de Sancho.

A decir verdad, desde la primera alborga fabricada por el tío Moncho, con esparto, a la más señorial de las botas actuales, fabricadas con fino box-calf anilina, pasando por los badoques de Calcuta-Oscaria y los zapatos de lona tacón palillo, ha pasado mucha agua por nuestro Vinalopó. Ahí queda, pues, la historia, el principio de lo que es hoy Elda, Capital del calzado y una de las mayores fuentes suministradoras de artículo, tanto nacional como internacional.

Y ya que hemos descubierto al que fue primer fabricante, también debemos de hablar del primer zapatero de silla a destajo, o, por lo menos, decir algo de él, según los datos que hemos obtenido.

Me refiero a un eldense muy espabilado, que en sus años mozos le dio la vuelta al mundo y aprendió el oficio, seguramente en algún país del Oriente. Llamaban a este buen hombre Pepe el de Sirma, y también Pepe "el de los perricos". Lo de Sirma debió ser por su lugar de origen, y lo de los perricos, porque tenía dos canes de los llamados de aguas. Atendían los perros por los nombres de Cuchi y Canito, y eran padre e hijo, respectivamente. Como es natural, si se citan en esta historia es porque, a nuestro modesto juicio, merecen un sitio de honor en ella, ya que fueron los dos primeros aprendices de zapatero de que se tienen noticias.

Trabajaba el citado Pepe para un tal Luisillo, el cual tenía en su casa un tallerico en el cual se hacían unas botas de series con puntera de latón y clavadas con torno, especie de clavillos dorados. Ahora viene a cuento lo de los perricos, porque había que ver a Pepe cuando iba a entregar, acompañado de éstos por la calle Cuchi, que era el padre, llevaba la libreta en la boca y Canito, el hijo, más fuerte, portaba la tarea igualmente agarrada de los hilos con los que pasaban los pares, mientras el amo iba con el saco al hombro. En el saco iban las hormas, donde se habían hecho los pares, y en la libreta apuntaba el encargado del mostrador del tallerico la obra terminada. Luego, al cortar de nuevo, en la libreta se apuntaban los enredos, chinchas, punchas, torno y otros ingredientes para la confección del zapato.

Y vuelta al obrador del de la Sirma empleando los mismos medios de transporte, sólo que ahora todo iba en el saco, y éste volvía a hombros del amo. Los aprendices, más descansados en el regreso, hacían las perrerías propias de su casta.

Ya hemos hablado, pues, de los tres pilares de nuestra industria. El primer fabricante, el primer za-

patero y los primeros aprendices. Ahora intentemos llegar, a través del recuerdo, a la actual Elda, colmada de factorías y su flamante Feria Internacional.

Empezaron a poblarse las casas eldenses de pequeños talleres artesanos y familiares; éstos fueron ganando en importancia y surgieron otros con categoría de fábrica.

Entre otros, recordamos a los Marino Sempere, Bonifacio Pérez, don José Tovar, Hernández Silvestre, asociado con Casto Peláez —especialistas en bota suiza de paño, cosida y vuelta—. Una especie de zapato de dos caras, una para los días de lluvia y la otra para los de sol. Como los impermeables actuales, pero en bota. También plantó sus reales en la villa don Rafael Romero "El Salao", ganador de un gran premio en la Exposición de París a últimos del siglo pasado, y, en fin, otros muchos que fueron haciendo grande a Elda con su esfuerzo, tesón y trabajo.

Elda se transformaba, sí. Pero lo que nadie llega a comprender es a quién se le ocurrió la peregrina idea de empezar aquí un emporio de fabricación de calzado sin un solo pie de material, ni un gramo de suela que llevarse a los zapatos. Vamos, que nos pusimos a hacer toñas sin tener harina.

Además, es de todos sabido que en este dichoso Valle las únicas pieles que siempre se han trabajado han sido las de conejo, y de estos menesteres se han encargado de tiempo inmemorial modestas gentes del vecino pueblo de Monóvar, los cuales las recogían a domicilio los días de paella a cambio de recia cerámica de la región.

También es sabido que dichas pieles de conejo no sirven ya, no para cortes de zapatos, sino ni para topes ni contrafuertes; en donde se suelen emplear ahora es en la industria dedicada a la fabricación de "pandorgas".

Igualmente nos maravilla el auge de la fabricación de hormas, pues, forzosamente, la materia prima para la fabricación de las mismas tuvo que ser foránea, pues ya en los albores del siglo actual no había por estos contornos más madera que la de los tarays del pantano.

¡Y empezaron a llegar los grandes capitales de industria! La mayoría catalanes, fabricantes de dörgolas, box-caf, forros, etc.; otros, con suelas de distintas clases, especialistas de maquinaria y utillajes. La United Shoe Machinery Company, los primeros americanos que nos descubrieron con su invento de las máquinas trapaperras, aplicadas a los zapatos, sólo que en vez de tragar perras se llevaba por par entachado su equivalente en oro; el mismo sistema se aplicaba a otras máquinas de la misma procedencia.

Luego llegaron más fabricantes de maquinaria y empezó el crecimiento.

Ya no hacía falta ir a comprar los enredos a casa de Pepico "el Punchón" o a casa de la Chiqueta. Los nuevos invasores lo traían todo, y de sus almacenes lo suministraban a las fábricas. Tampoco cuando había que preparar alguna de las máquinas para algún trabajo especial había necesidad de acudir a la herrería del tío "Chamín", estas firmas ya lo tenían inventado.

Hubo, sin embargo, algunas innovaciones que conviene destacar, por su importancia material y de estética. De entre ellas extraigo dos muy notables como son: el tacón de madera y los flejes para cortadores.

La primera parece ser que la introdujo aquí "El Rojo Caraluna", con lo cual se cambió el centro de gravedad del calzado de entonces, ya que con los anteriores tacones de suela y cartón, por su enorme peso, se caían las señoras hacia atrás, con gran peligro para las partes que empiezan en donde la espalda pierde su honesto nombre. Con los de madera desaparecía este alarmante peligro. Lo malo de esta innovación es que arruinó la floreciente industria de los "parches", una de las primeras afines que confeccionaba los tacones de suela aprovechando al máximo los más insignificantes pedacitos de suela. Y fue lástima porque había verdaderos especialistas en la materia.

En cuanto a la segunda innovación, es decir, la de los flejes, debo decir, con gran rubor, que fue obra del que suscribe.

Ocurrió el hecho durante unas galas que hice por Cataluña en el año 26, a donde fui a cantar tangos.

Para ayudarme en mi carrera artística, entré a trabajar en una fabriquita de la Ciudad Condal, y allí le copié el modelo al patronista, el cual usaba la herramienta en cuestión.

Este patronista, un armenio muy simpático, con el que hice gran amistad —con mi particular interés—, pues mi propósito era copiar los planos del dicho fleje; hasta que un día, viendo el interés y afán con que yo miraba el flejecito, me dice: ¿Te gusta, eh? Pues mira, es muy sencillo de hacer. Cómprate veinte centímetros de tubo de latón, lo aplastas de manera uniforme, le metes dentro una cuerda de despertador y ya está. Y lo hice. Sí señor. Cuando regresé a mi querido pueblo pronto se hizo popular la tal herramienta, y hasta hoy.

Orgullosamente manifiesto que soy un pilar de la economía eldense, por la gran cantidad de dinero que se han ahorrado desde entonces los fabricantes con esta herramienta. Con gran disgusto, claro es, con gran disgusto para los afiladores que había en la calle de la Purísima. Dos gallegos muy buenas personas que, seguramente, no me habrán perdonado el no poder afilar más cuchillas de cortador. En fin, ¡todo sea por el progreso!

Siguió transformándose todo el proceso de la fabricación y en la misma proporción hubo que transformar la mano de obra. De jornaleros del terruño a zapateros. Y aunque alguna colonia de menorquines y almanesinos cayeron por aquí, para reforzar las huestes locales del delantal, casi todo el elemento zapateril salió de este Valle.

A este efecto citaré una historieta clásica de Elda: estaba un labriego haciendo hoyos en su huerta —precisamente donde en la actualidad está enclavado el comercio de don Eduardo Planellas— cuando pasó por delante de la misma el tío "Talega". ¿Qué está haciendo ahí, tío "Bacalá"? —le dijo—. Y éste, muy serio, le contestó: "¡Estoy plantando zapateros!"

Para que vean ustedes. Es tan fértil la tierra en el viejo solar de Idella que lo mismo salen de ella linsones y camarrojas, que zapateros.

Y siguió transformándose la industria. Nuevos métodos, nuevos planes de fabricación, pero, sobre todo, se transformaban las entidades.

De aquellos primeros, esforzados y prestigiosos fabricantes no queda ni un solo sucesor. Es más, de los dos o trescientos existentes en el primer tercio de siglo, apenas quedan media docena. Vicente Esteve, Pedro Pérez José Payá, Pablo Maestre sucesor, Martínez Sánchez, Antonio Porta y es posible que algún otro que siento no recordar. ¿Por qué Elda es inconstante en este aspecto? Ni se sabe. ¡Quizás precisamente en su inconstancia lleva la fuerza incontenible de su desarrollo!

Hoy ya son otros tiempos. Elda tiene un hermoso escaparate donde poder ofrecer sus productos, que es esa maravillosa FERIA INTERNACIONAL DEL CALZADO E INDUSTRIAS AFINES, y que también, como los zapateros de antaño, parece que salió de la tierra.

Ya no hay necesidad de salir a la Feria de Albacete a vender zapatos, como hacían los primeros fabricantes, no. ¡Lo que va de ayer a hoy! Cuando el tío Luisillo, padre, tenía que llevar a la Feria de Jumilla sus boticas de puntera de latón, se despedía de toda la familia, la cual, con lágrimas en los ojos, le deseaba un feliz retorno. Hoy los fabricantes de la "nueva era" desayunan en Elda, comen en Barcelona y cenan en Nueva York. Esto me sugiere que hay que cambiar nuestro "slogan" de "Elda-Paris-Londres". Se nos ha quedado pequeño.

Termino con mis elucubraciones, haciendo un cariñoso canto al zapatero eldense. También las termino haciendo un ferviente voto para que se realice de una vez ese monumento del que tanto se habla; pero, eso sí, pido con toda energía, exigo hasta donde me sea posible, que en la peana de este monumento cuelgue como airoso desafío a la historia del calzado mundial la ALBORGA que un día, perdido ya en el tiempo, fabricó "EL TIO MONCHO".

Febrero de 1972.

JAVIER GONZALEZ DE LA HORTETA





COMPARSA DE CRISTIANOS

* JUNTA DIRECTIVA *

Presidentes honorarios:

Don Pablo Maestre (q. e. p. d.)

Don José María Zahonero Zahonero

Presidente: Don Juan Póveda Orgilés

Vicepresidente: Don Luis Jabaloyes

Secretaria: Doña Luisa Sánchez Payá

Vocales: Don Vicente Busquier

Don José Rodríguez

Don Rosalino Tordera

Don Pedro Requena

Don Roberto Moreno

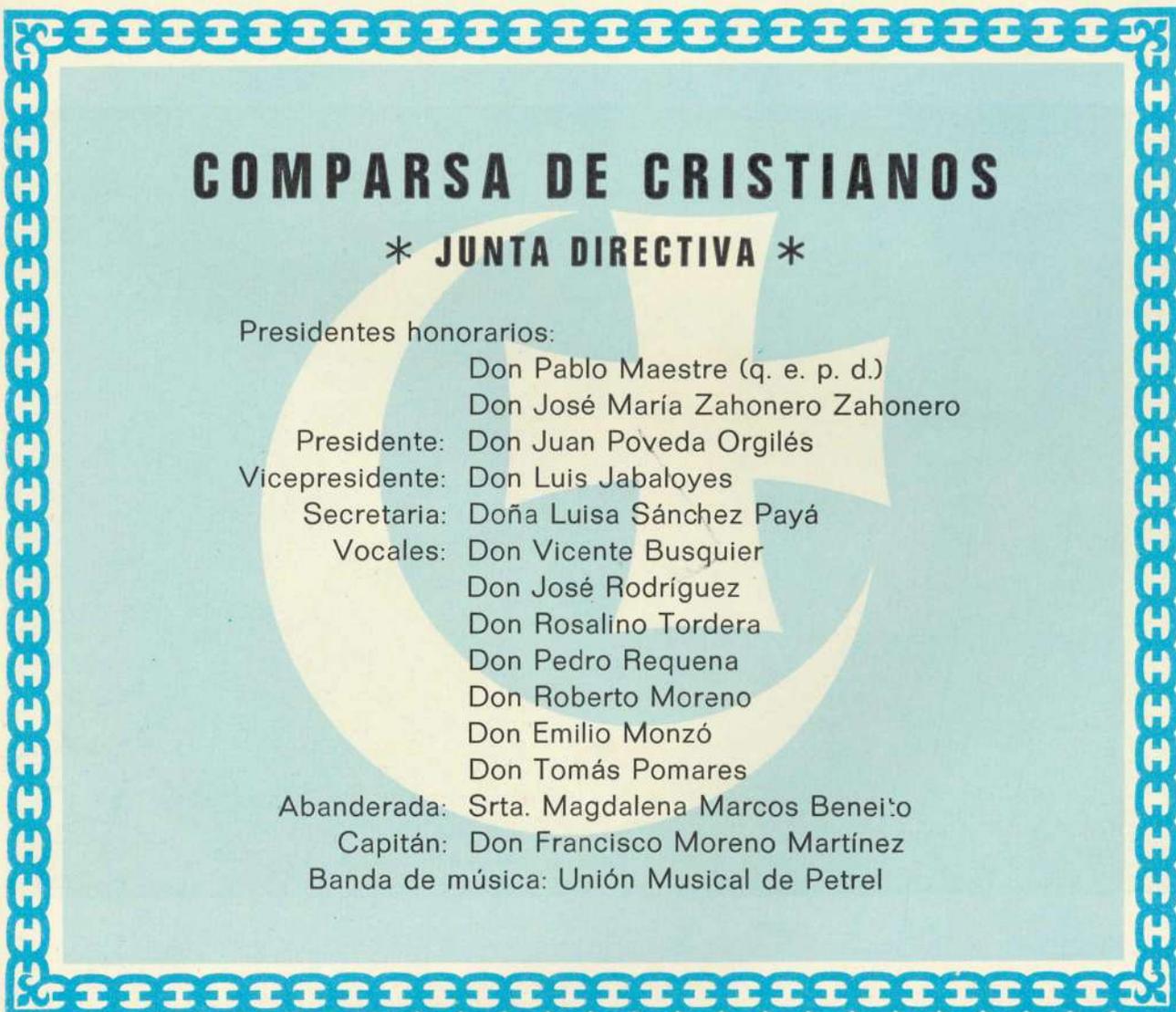
Don Emilio Monzó

Don Tomás Pomares

Abanderada: Srta. Magdalena Marcos Beneito

Capitán: Don Francisco Moreno Martínez

Banda de música: Unión Musical de Petrel







COMPARSA DE CONTRABANDISTAS

* JUNTA DIRECTIVA *

Presidente: Don Vicente Vicent Vidal
Vicepresidentes: Alberto Galiano Santos
Juan Español Vidal
Alberto Beltrán Sempere
Secretario: Juan Deltell Jover
Tesorero: Ernesto González Pérez
Vocales: Fene García Carbonell
Pascual Tomás Pomares
Francisco Gandía López
José González Vera
José Navarro Esteve
Bernardo Requena
Antonio Sirvent Juan
Antonio Berenguer Vidal
Pedro Pérez Juan
Andrés Sirvent Poveda
José Gómez
Juan Oliver Deltell
Antonio Amat Sánchez
Abanderada: Srta. María Gloria Guinea Martínez
Capitán: José Martínez Corbí
Bandas de música de Campo de Mirra y Caudete





COMPARSA DE ESTUDIANTES

* JUNTA DIRECTIVA *

- Presidente: Don José Vera Juan
Vicepresidente 1.º: Don Antonio Juan Navarro
Vicepresidente 2.º: Don Juan Beltrá Cremades
Secretario: Don Antonio Miguel Lucas Díaz
Tesorero: Don Antonio Miguel Lucas Díaz
Vocales: Don Juan Pérez Berenguer
Don Tomás Payá Barrachina
Don José Maestre Bernabé
Don Rafael Silvestre Serrano
Don Manuel Pedrajas Naranjo
- Comisiones delegadas:
- Festivales: Don José Manuel Amat Navarro
Don Juan Rodríguez Ponce
Don Jorge Maestre Bernabé
- Deportes: Don Juan José Mejías Díaz
Don Miguel Clemente Martínez Rico
Don Manuel Candela Alonso
- Propaganda: Don Luis Miguel Ibáñez Carpena
Abanderada: Srta. M.ª Dolores Maestre Vera
Capitán: Don Francisco Vera Juan
Bandas de música de Alzaneta de Albaida y de Biar





COMPARSA DE ZINGAROS

* JUNTA DIRECTIVA *

Presidente de honor: Don Manuel Maestre Hernández

Presidente: Don José M.^a Román Cremades

Vicepresidentes: Don Marcelino Maestre Vera

Don Antonio Juan Amat

Secretario: Don Camilo Valor Gómez

Secretario de actas: Don Juan Antonio Maestre Calderón

Tesorero: Don Regino Pérez Marhuenda

Contador: Don Ramón Poveda Pla

Vocales:

De Junta Central: Don Joaquín Astor Gran

Artístico: Don Joaquín Planelles Guarinos

De intendencia: Don José Juan García Navarro

De loterías: Don José Joaquín Ferriz

De prensa, propaganda y attrezzo:

Don Antonio Valor Gómez

De desfiles: Don Ramón Navarro Pla

Abanderadas: Srtas. Pepita y Vicentita Martínez Pérez

Capitán: Don José Martínez Giménez

Banda de música de Antella







COMPARSA DE PIRATAS

* JUNTA DIRECTIVA *

- Presidente: Don Juan Martínez Calvo
Vicepresidentes: Don Juan Verdú Cerdán
Don Fernando Pérez Rico
Secretario: Don José M.^a Sirvent Martínez
Vicesecretario: Don Luis González Esteve
Tesorero: Don Juan Martínez Calvo
Secretario de actas: Don José Requena Tornero
Vocales: Don Benjamín Ortuño Esteban
Don Francisco Díaz Chico
Don Joaquín Verdú Cerdán
Don Helenio González
Don José López Marín
Don Luis López Marín
Don Pedro López Marín
Don Roberto Sánchez
Abanderada: Srta. M.^a Hortensia Martínez Segura
Capitán: Don Juan Martínez Calvo
Bandas de música: Cómico Taurino Musical Los Claveles y Ateneo Musical de Aspe.



SOBRE LA INTERPRETACION DE LA FIESTA

Por Alfredo Rojas, cronista de la
Junta Central de Fiestas de Villena.

La interpretación que cada pueblo da a la fiesta de Moros y Cristianos, la manera personal de entender la anual representación por parte de uno u otro núcleo festero, ha sido objeto de comentarios, controversias y aun discusiones que llevan camino de no acabar nunca. Alegrémonos de ello: esto es así porque a no dudar, cada posición va lastrada, casi siempre, con una inevitable carga de pasión. Pasión legítima, humana y disculpable, sin la cual tal vez nuestras fiestas llegaran a languidecer y posiblemente, en algún caso, pudieran verse abocadas a su desaparición.

Sin embargo, no son pocos ya, afortunadamente, quienes acostumbran a calibrar con sentido crítico, juicio sereno y profundo conocimiento del tema, todo cuanto atañe a las numerosas facetas que los Moros y Cristianos adoptan en cada una de las poblaciones de nuestra zona que cuentan con esta tradición. Ejemplos cercanos pueden ser el magnífico grupo de Alcoy, con Rafael Coloma, Mansanet Ribes y Adrián Espí entre tantos otros; la importantísima labor de Joaquín Barceló, de Sax, y los trabajos del villenense José María Soler, en uno de los tantos aspectos que integran la investigación histórica que realiza. Aparte de ellos, que cito solamente como ejemplo, son muchos ya los que ensayan ese paso atrás que permite recoger, en una visión de conjunto, todo el múltiple y complejo mosaico que son las fiestas de Moros y Cristianos.

Las viejas controversias, quién sabe cuándo empezadas y nunca resueltas, polemizan acerca de la pureza de cada una de las fiestas o de los distintos factores que las integran. Incluso teorizan sobre el predominio de la faceta histórica o de la religiosa, para acabar enjuiciando minuciosamente actos, personas y actitudes.

Inútil es, y sería asimismo pueril y despersonalizador, encerrar en un estrecho molde las líneas de actuación. Convertir cada una de las representaciones festeras de este tipo en un calco de las demás, o de alguna que se estimara como la más idónea, constituiría un grave error. Esta postura no creo que pueda ser defendida por nadie que haya estudiado a fondo la fiesta y que haya admirado la diversidad de matices positivos con que cada población enriquece el acervo común. Por el contrario, es conveniente, y creo que todos estamos de acuerdo en ello, cuidar y hasta hacer resaltar estas peculiaridades de la idiosincrasia ciudadana con que cada población, casi siempre espontánea e inconscientemente, ha contribuido a enriquecer el festejo.

Por otra parte, el «talante» de fiesta en el hombre, responde a profundas motivaciones de la más honda raíz personal. Hablaba hace años mi paisano y amigo Francisco García Martínez, en la revista «Villena», del hombre que, «frente al trabajo deshumanizado y al aturdimiento de la diversión desmedida, se encuentra a sí mismo en la fiesta y supera con ello el nihilismo de tantos espectáculos masificadores que buscan despertar de nuevo los instintos primarios». Pienso que será un error imponer a ese hombre normas y usos que coartaran la espontánea manifestación de su más íntima esencia personal.

La más ortodoxa de las manifestaciones festeras, y tal vez la fuente que ha irradiado potenciando a las demás de nuestra zona, es la alcoyana. Es ésta una interpretación clásica, la cual es muy posible que yo personalmente, puesto en una extrema disyuntiva, suscribiera como ideal, de ser posible despojarme de esa inevitable carga de pasión de que antes hablaba. Pero no olvidemos

que Alcoy rememora con sus festejos un hecho concreto, tajante y definitivo, pieza importante en la historia de la ciudad. Los alcoyanos representan un auto sacramental referido exclusivamente a la tradición local, que no se repite en las demás poblaciones y que excluye, por tanto, el mimetismo festero. Pero no pocos puristas reclaman, a pesar de ello, que las líneas maestras de la tradición, representada por la Reconquista en un sentido general, y de la religiosidad, personificada en el culto al patrón o patrona locales, exigen una identidad y un respeto a los usos generales que debiera imperar en el sentido general de la fiesta. Y en consecuencia, según ellos, deberían establecerse cauces idénticos que, al regir los distintos festejos, respetaran los moldes estáticos de la estricta tradición y religiosidad a los que deberían ceñirse todas las representaciones locales.

Se olvida de esta forma, a mi entender, y en ello baso mi posición de defender las pluralidades festeras, muchas veces incluso contrapuestas, que hay un tercer elemento que unir a los dos citados. Y es el de la tradición ciudadana. Esa tradición que ha establecido aspectos y normas localistas que los festeros, en muchos casos, por haberlos heredado y tenerlos ya como improntas indelebles en la mente y en el corazón desde su niñez, consideran ya como parte integrante de su quehacer festero y como usos que no sólo hay que mantener, sino defender celosamente de ingerencias extrañas y extra-locales.

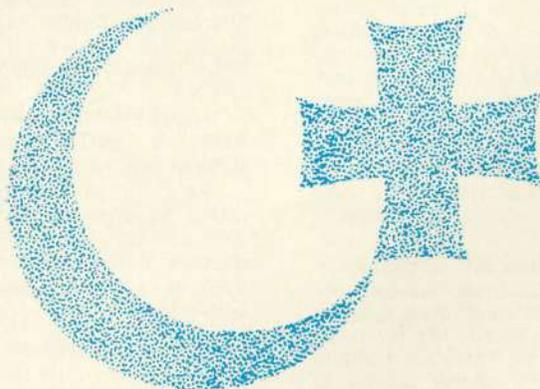
Además de ello, notemos que ciertas actitudes e interpretaciones, que a muchos parecen poco ortodoxas, y tal vez un análisis objetivo pudiera demostrarlo así, son no sólo la herencia recibida que ha de conservarse por motivos íntimos y sentimentales, sino las manifestaciones con que cada pueblo, cada conjunto festero, responde al estímulo de la fiesta y se manifiesta de manera acorde con un sentido intrínsecamente personal, por fuerza diferente al de otro conjunto humano. Es entonces cuando cobran su verdadero y encubierto valor estas peculiaridades que reflejan no sólo una caprichosa variación, sino la íntima personalidad, la singular interpretación con que cada individualidad ciudadana entiende la fiesta y

reacciona ante ella.

Está aquí, pues, en mi opinión, la fuente de las distintas y creo que —en su mayor parte— justificadas diferencias que existen de unas a otras fiestas. Responden a una tradición localista cuya más honda raíz hay que buscarla en la idiosincrasia del elemento humano que nutre la fiesta en cada población. Y es justo respetar la interpretación personal siempre que responda a un sentido recto y bien intencionado. Por el contrario, poca labor constructiva haríamos si se forzara a los intérpretes a actuar en franca oposición, o al menos en desacuerdo, con su personal forma de exteriorizar impulsos siempre de estricta raíz personal.

Esto no supone la libertad absoluta para modificaciones ni transformaciones dispares con un sentido general que en modo alguno puede desbordar unos cauces que, aunque amplios y cómodos, deben existir. Pero no olvidemos que mentalidades y actitudes no son estáticos, y, más aún, se están produciendo cambios en todos los aspectos de la conducta humana, con una velocidad y una trascendencia que hace difícilmente predecible el porvenir. Mucho va a costar luchar en contra de futuras generaciones enteras cuyos deseos y reacciones ignoramos por completo. Pero sí es fácil vaticinar que esta lucha, si llegara a producirse, sería estéril en el caso de adoptar posiciones cerradas a ultranza.

Y aquí está, finalmente, la difícil labor de los rectores de la fiesta. Habrá que combinar la defensa de unas maravillosas tradiciones seculares, con la elasticidad de una comprensión al fenómeno de unas épocas y unas mentalidades en profundo proceso de transformación. Habrá que luchar —aquí a brazo partido— contra los usos masificadores y la plebeyez y vulgaridad que, al invadir muchas de las actividades humanas, llegan a teñir la fiesta de cierta ordinarietà que no debe admitirse. Y una de las mejores armas en este sentido será siempre la de revalorizar las tradiciones localistas que identifiquen al participante con su pasado y le hagan reencontrar, en oposición a las normas masificadoras, su genuina postura personal de grupo.





Al hacer uso de la palabra —en este caso escrita— tan generosamente concedida por el presidente de ese competentísimo Jurado que es la Junta Central de Moros y Cristianos, representativa de todos los “festeros eldenses”, al que tengo el honor de dirigirme, me veo en la necesidad de manifestar, en primer lugar, mi tristeza, mi pesar, por no poder estar junto a vosotros, participando de esa alegría que invade a todos los componentes de la Junta Central, en la preparación de las fiestas, cuando, pese a sacrificar horas de sus ocupaciones habituales, de descanso, de sueño, van cosechando día a día los frutos de su trabajo por afición, consiguiendo aquello que se habían propuesto.

Alguien, y si no existiese ese “quidam”, lo digo yo, ha comparado el periodo de tiempo que constituye un día con el transcurso de los que integran nuestra vida. Al despertar, nacemos. El amanecer es siempre vacilante, como nuestros primeros pasos en la vida. Según transcurren las horas —son los sueños— vamos tomando conciencia de nosotros mismos. Formamos, en esta primera etapa, planes, proyectos, propósitos, que en la madurez del día y de la vida, unos se realizan y otros no. Con el atardecer viene el cansancio —en la vida, la senectud—, periodo que, más que de realizaciones, es de formación, de balance, figurando en nuestro haber lo positivo, lo bueno que hemos realizado o intentado realizar. En el debe, lo que pudimos haber hecho y no lo hicimos, o, lo que es peor, lo hecho que no debimos hacer. El día termina con la noche, con la oscuridad; con ella, el reposo —en la vida, la muerte, que también es descanso—. Pero siempre, en uno y en otra, la esperanza de un mejor amanecer.

Pues bien, los que al nacer cada día, al despertar, no tenemos la fortuna de ver el cielo de nuestra querida Elda, la sentimos más, la queremos más, que los que tenéis la suerte de despertar en ella. Es ley natural, pues de todos es sabido que es condición humana apreciar poco lo que poseemos y añorar mucho lo que nos falta.

Pero la tristeza para este Abogado del Diablo se hace más intensa cuando piensa que es muy probable que puede ser un ausente, en cuanto a su presencia física, en la fiesta. ¡Qué lástima no poder tener ocasión de vestir otra vez, en la procesión en honor de San Antón, uno de vuestros vistosos trajes!

En segundo lugar, mi recuerdo, no por obligado menos sincero, y mi agradecimiento a raudales, por todas las inmerecidas atenciones que una vez más tuvisteis conmigo. Reconocimiento especial a nuestro presidente, a José María Amat, Chimo Planelles, y, en fin, a todos cuantos hicisteis posible que el Abogado del Diablo tuviera una de las experiencias más gratas de su vida y sintiese el orgullo de participar como un zingaro más entre vosotros. De todas maneras, yo os prometo que haré todo lo posible por estar ahí, aunque sea pidiéndole ayuda a mi compañero, El Diablo Cojuelo, quien, con su poder de levantar los tejados de las casas, a lo mejor me brinda una fórmula magistral para poder disfrutar, participando, personalmente en las fiestas.

Fijaos que mi duda es, solamente, en cuanto a “estar” físicamente, pues no lo es en cuanto a participar en las mismas con el espíritu, con el pensamiento, con el corazón. De esta última manera podéis estar seguros que El Abogado del Diablo no faltará a la cita. Para esta clase de presencia, ni la distancia, ni las ocupaciones, ni las obligaciones, tienen fuerza bastante para impedirlo.

En el epílogo de mi escrito de alegaciones formulado el año pasado, expresaba mi deseo de que al hacerlo este año el capítulo de aciertos se hubiese ampliado, y reducido el de “defectillos”. Mi deseo se ha cumplido; los logros de la Junta Central han sido positivos. Por citar algunos, lo haremos con la Exposición de Dibujos de Humor, la Feria del Libro de Humor, las conferencias a cargo de los geniales Evaristo Acevedo y Jorge Llopis, etc., etc. Tan sólo la tristeza de contemplar el sillón vacante, vacío físicamente, del presidente que se nos fue. Y la pérdida del amigo, del entusiasta festero, que nos dejó para siempre, precisamente al iniciarse la batalla de confetti: Jorge Juan Gutiérrez Ortega.

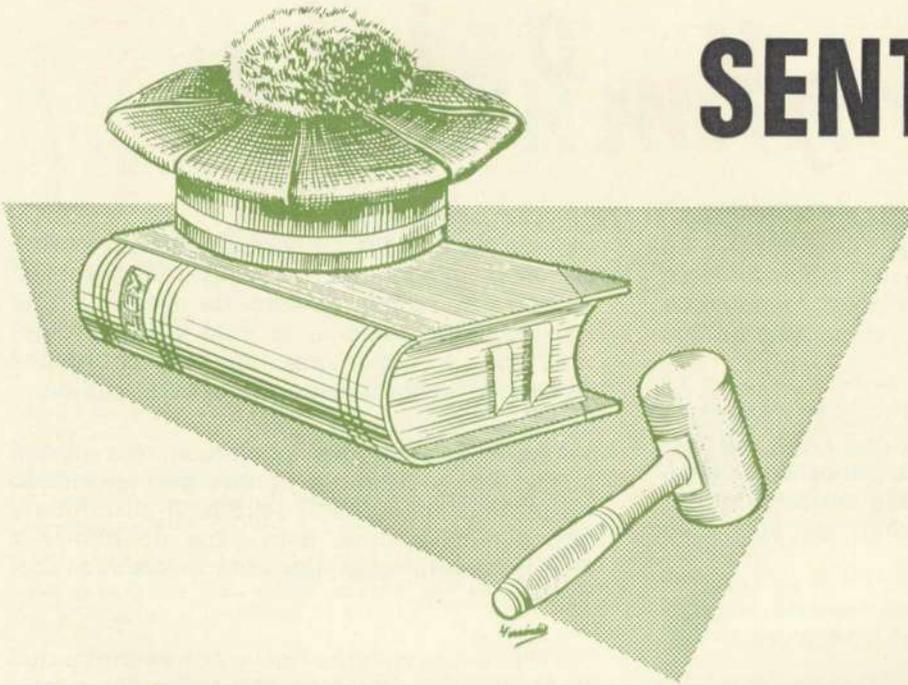
Los “defectillos” se corrigieron en su mayor parte: el público estuvo mejor atendido, teniendo muchas más facilidades para su acomodo; el ritmo de la marcha fue más rápido, casi sin ningún corte, lo que agilizó los desfiles; las carrozas, más cuidadas; y, extraña cosa, hasta hubo algún “señoría” que se convirtió en zingaro.

¡¡Qué FIESTAS, señores, más extraordinarias!! ¡Que hasta los SEÑORIAS pueden ser zingaros, y el Diablo participa en las procesiones!

Para no cansar más vuestra atención —¡quedan tantas nostalgias y sentimientos por expresar!—, este Abogado del Diablo eleva sus conclusiones provisionales a definitivas, y desea a todos, como siempre, de todo corazón, unas ¡¡felices Fiestas de Moros y Cristianos!!

Cuenca, febrero de 1972.

SENTENCIA



En la ciudad de Elda, y en fechas que se aproximan a la celebración de las fiestas locales de Moros y Cristianos que tienen lugar en la próxima primavera.

Vistos por un entusiasta y enamorado de dichas fiestas, y en un cuadro local, la forma que se vienen desarrollando, y atendiendo, con mucho gusto, la invitación que me hace la Junta Central de Comparsas para que escriba algo con relación a las mismas; y

RESULTANDO: Que hace cerca de seis lustros que por unos hombres emprendedores fue iniciada la reaparición de estas fiestas en la localidad de Elda, habiendo conseguido su propósito desde aquella fecha y mejorando de manera progresiva desde su segundo inicio.

RESULTANDO: Que no obstante haber desaparecido dos comparsas, como son la de Navarros y de Marineros, a los que se les dedica un nostálgico recuerdo con el deseo ferviente de su pronta reaparición.

RESULTANDO: Que dada la peculiar forma de celebrárlas en esta localidad, se completa el ornato embellecimiento, alegría y deleite de propios y extraños.

CONSIDERANDO: Que en el bando Cristiano se aúnan la ingravidez y alegría de los Estudiantes; el empaque de los Cristianos, con sus trajes rememorando los Tercios de Flandes; los Contrabandistas, con su colorido, alegría y desenvoltura, y los Zingaros, con el exotismo de sus músicas y sus panderetas, viniendo a formar un conjunto que puede estimarse inigualable y que escapa a toda ponderación.

CONSIDERANDO: Que en el bando Moro, los Marroquíes, con esa redundancia en el patronímico, su formalidad en los desfiles, que contribuye de manera notoria a resaltar los actos; los Moros Realistas, que establecen pugilato, año tras año, para poderse llevar los premios en los desfiles por la uniformidad en éstos y la belleza de sus atuendos; los Moros Musulmanes, tan aguerridos y señoriales, y los Piratas, que no contentos con dedicarse, cuando menos en cuanto a su

nombre se refiere, a actos tan poco recomendables, completan el bando que no le va a la zaga en belleza, colorido y armonía al bando Cristiano.

CONSIDERANDO: Que unos y otros, embellecidos por las abanderadas escogidas entre las chicas más bellas de la población, y que tanto en unas como en otras, desde los párvulos, pasando por adolescentes y las personas mayores, forman un todo, un mosaico de alegría, colorido, belleza y diversión.

CONSIDERANDO: Que si preciosos son los desfiles, atrayentes las guerrillas y magníficas las embajadas, todo ello palidece ante los desfiles procesionales, donde se transmuta por completo todo el jolgorio de los demás actos en una seriedad, devoción, recogimiento y unción que raya en lo emocionante.

CONSIDERANDO: Que todo ello es debido a las autoridades, que no regatean esfuerzo y apoyo para las fiestas a la magnífica Junta Central de Comparsas, incluyendo en ello a los presidentes de las mismas y señores alcaldes de fiesta; a los padres de los pequeños, que con la privación de las diversiones personales dedican la atención a sus pequeños para contribuir al realce de la fiesta; a los comparsistas, y todos aquellos amantes y protectores de ellas, conjunta la posibilidad de este engrandecimiento progresivo.

FALLO:

Que debo declarar, y declaro, la magnificencia de las fiestas, el desinterés de un núcleo crecido de la población y el título de excelentes, con el reconocimiento a todos y cada uno de los que contribuyen a su celebración, engrandecimiento y mejora.

Así, por esta mi sentencia, no de carácter judicial, sino festera, lo digo, proclamo y publico.

Elda, marzo de mil novecientos setenta y dos.

FRANCISCO HELLIN ALMODOVAR

el humorista

Siempre evité leer libros de humor. No sé por qué sin haberlos ojeado siquiera tenía la impresión de que eran poco menos que tebeos (y de los malos), sinceramente los menospreciaba.

Por eso, cuando el año pasado me enteré de que pensaban celebrar una Feria del Humor, lo consideré un tanto absurdo. Pensé que había cosas mucho más serias e importantes que organizar y tratar de buscarles una solución.

Todo esto y más se me ocurrió en sentido negativo hacia dicho Certamen.

Por compromiso leí un libro de este género, detrás de aquél vinieron muchos. Iba de sorpresa en sorpresa. ¡Eso precisamente es lo que yo había buscado en casi todas mis lecturas "serias" y no había encontrado.

La mayoría de ellos eran de un humor tan sutil que apenas se percibía, eran sentimentales, humanos, se advertía un gran amor hacia los personajes y en muchos casos cierta amargura y escepticismo.

¿Por qué? Era humor.

Todo esto llamó mi atención, y entonces en lugar de centrarme en los trabajos propiamente dichos este interés recayó sobre los autores. Me dieron que pensar. Me sentí un poco avergonzada de haber menospreciado este género literario porque llegué a la con-

clusión de que los humoristas son las personas más inteligentes, serias y responsables. A fuerza de luchar, de estar de vuelta de todo han decidido tomarse la vida y sus problemas con un humor que muy bien podríamos decir que constituye su doctrina filosófica.

Aburridos de que continuamente corten sus vuelos y palabras porque se han metido en terreno "peligroso" esconden su crítica y sus denuncias bajo esta capa de humor e ironía tras la cual les está permitido casi todo.

Pueden permitirse decir, por ejemplo: que la idiosincrasia del país es un asco (con esta excusa se aguanta todo), que los sistemas burocráticos son una vergüenza.

El humorista es una mente privilegiada, llega al fondo de todas las cuestiones por escondidas que se hallen. Estoy convencida de que es un punto muy importante en la sociedad. Creo que al igual que yo son muchas las personas que les ignoran por falta de conocimiento.

Lo que resultaría interesante es que muchas de sus "cosas" fueran tenidas en cuenta y tomadas en serio. Claro que, tal vez entonces si las tomásemos de ese modo, posiblemente ellos no las podrían decir.

Zarazz



ABDERRAMAN III

FUNDADOR DEL CALIFATO DE CORDOBA

La Historia de España es pródiga en acontecimientos extraordinarios con motivo de la ocupación por los árabes de la península Ibérica en el siglo VIII, oficialmente hasta finales del siglo XV, cuando los Reyes Católicos entraron en Granada. Decimos oficialmente porque la expulsión de los moriscos se llevó a cabo el año 1609, y ninguna expulsión podía referirse a los que se habían convertido a nuestra religión.

En los siglos VII y VIII surgió el Islam, organizando un imperio mayor que lo había sido el romano, a base del poder político y militar de la corte árabe de Damasco.

Muza, funcionario de Damasco, gobernador de Mauritania, envió a Tarik con sus tropas el año 711 para invadir la península ibérica. En España gobernaba el rey visigodo Don Rodrigo, que acudió a la defensa y fue derrotado y muerto en aquel desastre conocido por la batalla del Guadalete, que otros dicen batalla del Barbate. A continuación los sarracenos, persiguiendo a los vencidos, ocuparon casi toda la península. Algunos cristianos se refugiaron en las montañas del norte hispánico, amparados por lo escabroso del terreno, y fueron los iniciadores de la lenta y penosa Reconquista.

La familia de los Omeya, que mandaba en Damasco, fue destruida por los que deseaban sustituirla. Un príncipe que se salvó de la matanza, llamado Abderramán, se refugió en Marruecos. Apoyado por fuerzas adictas a su causa, desembarcó en Almuñécar el año 755, derrotando al caudillo Yusuf, y entró vencedor en Córdoba, fundando un emirato independiente frente al gran imperio musulmán. Soportó una guerra civil, pero prevaleció sobre sus enemigos, emprendiendo la construcción de la famosa mezquita de Córdoba. Le sucedieron otros monarcas, entre ellos Abderramán II, que embelleció la capital, empedró las calles e hizo instalar numerosas fuentes públicas.

El califato de Córdoba se fundaría a partir de Abderramán III, que se proclamó califa. Su madre fue una cautiva cristiana y su abuela una princesa de Navarra. A la muerte del emir, su abuelo, y de acuerdo con la voluntad de éste, el 16 de octubre del año 912, Abderramán III fue reconocido por toda la corte, de la que recibió el debido homenaje. Era un príncipe que había nacido para rey, reuniendo notables condiciones de mando. Hombre de grandes pensamientos, concibió planes ambiciosos, que puso en práctica con inteligencia, tenacidad y energía inusitadas. Fue cruel con los cristianos, igual que a veces ocurrió a la inversa. Advino en momento muy difícil para su Estado: su abuelo y antecesor había sido derrotado por los cristianos y por otros sarracenos, y el emirato llegó al borde de la ruina, con amenaza, además, de moros enemigos, que, desde el norte de África, deseaban apoderarse de sus dominios. Por otra parte, los cristianos del Norte: de Castilla, de León y de Navarra, que habían derrotado a su antecesor, pretendían llegar a Córdoba vencedores.

El califa se trazó una línea de conducta inflexible, imponiendo en todo momento su autoridad. Consiguió la sumisión incondicional de los semiindependientes príncipes musulmanes, y emprende una serie de expediciones militares a fin de recuperar el terreno perdido por su abuelo en fracasadas luchas contra cristianos e islámicos. Reorganiza el Gobierno para investirlo con la máxima eficacia, de forma que el Poder quede en sus manos. Dada la táctica empleada, las victorias se sucedían y los núcleos rebeldes se sometieron con rapidez. Al venir la primavera, el mismo monarca se pone al frente de un ejército cuidadosamente preparado y realiza una marcha triunfal. Después de pacificar la provincia de Jaén, pasa a la de Granada, que corre la misma suerte, y los señores de los castillos acuden a rendirse. El emir regresa después a Córdoba, recibiendo la sumisión de todas las gentes que halla por el camino. En esta campaña victoriosa demostró Abderramán III sus cualidades excepcionales como militar y como político. Seguidamente realizaría un paseo militar para vencer la resistencia del sur de sus dominios, lo que consiguió fácilmente, como asimismo la capitulación de Sevilla.

Después de la victoria sobre los mozárabes residentes dentro de su Estado, que le hostilizaban reiteradamente, organizó una expedición contra Toledo, que hubo de rendirse. Y en cuanto a los gobernantes musulmanes de las comarcas más alejadas, organizó un régimen feudal, exigiéndoles tributo periódico y la ayuda conveniente para su ejército. Y de esta forma pudo sostener la guerra santa contra los cristianos del Norte, que, osados e inquietos, le obligaron a ello.

Abderramán III luchó toda su vida contra los cristianos, debiendo sus triunfos a la división de sus enemigos, que con frecuencia padecían guerras civiles o se hallaban desunidos.

Vencidos, por el momento, los cristianos en todos los frentes, el califa gozaría de una tregua para dedicarse a consolidar sus dominios, ultimando la organización del califato de Córdoba o de Occidente, bajo su suprema jefatura.

Ramiro II de León vino a perturbar la tranquilidad que rodeaba al Omeya de Córdoba. Toledo se había sublevado con ayuda del rey de León, y Abderramán tuvo que desplazar un ejército para dominar la situación, pero fue derrotado, quedando en poder de Ramiro II varios millares de prisioneros musulmanes. Esta derrota motivó que el califa organizara una gran expedición de castigo, poniéndose él mismo al frente de sus tropas. Además de otros objetivos, tomó Calatayud y Zaragoza. Sin embargo, el año 939, los reinos cristianos se habían fortalecido y el ejército del califa sufrió la mayor derrota de su historia. Las huestes del Omeya habían llegado al valle del Duero. Delante de Simancas esperaba Ramiro II con los castellanos y los navarros, además de sus vasallos. La lucha duró varios días y terminó con un completo desastre para el ejército cordobés. La caballería de Abderramán fue a caer en un foso que el rey de León había preparado y allí pereció. Los cristianos tuvieron oportunidad de llevar a cabo una intensa matanza de enemigos y el califa huyó salvándose de milagro.

Las nuevas divisiones de sus súbditos impidieron a Ramiro II de León evitar que Abderramán se desquitase del desastre de Simancas con continuas correrías militares, y que se reconstruyese la inexpugnable fortaleza de Medinaceli en el camino de Aragón, que el califa hizo cuartel general Omeya en el centro de todas las rutas con destino a la España septentrional. Así es que las tropas cordobesas penetraban impunemente por todas direcciones en territorio cristiano, y la expedición contra Galicia del año 953 fue tan fructífera que Córdoba pudo ver con entusiasmo la llegada de un cargamento de cruces y de campanas procedentes de las iglesias gallegas. Ordoño, hijo de Ramiro II, tuvo que pactar con el soberano de Córdoba, y, por más de medio siglo, los reyes cristianos hubieron de ser feudatarios del califato.

Abderramán III, después de haber visto a los príncipes cristianos a sus pies, ya septuagenario y enfermo, por el año 959, murió. En su largo reinado había conseguido una enorme riqueza para el tesoro público, organizando un ejército y una marina eficientes. Fue admirable en aquel tiempo la feracidad de los campos andaluces, como también el florecimiento de la industria y el comercio y el elevado nivel de vida del califato. Córdoba era la población más importante de aquella época, con más de quinientos mil habitantes. Abderramán III protegió a los poetas y a los artistas, y la arquitectura sobresalió de forma espectacular. Los palacios del califa constituían una incomparable maravilla. En la sala de los califas, el techo era de oro y las ventanas de mármoles transparentes; en el centro, un estanque de púrpura estaba lleno de azogue que parecía plata líquida, y del techo pendía una enorme perla, regalo del emperador de Constantinopla.

El califa tenía en el serrallo seis mil mujeres.

Mayo de 1972.

JOSE NAVARRO PAYA

El desafío del Moro

Apoyado en un bufete
tan frágil como costoso,
cubierto con rico paño
que es rico hasta por el forro,
con la péñola en la diestra
y sobre el tablero un codo,
el moro Alcaucil redacta
una carta con encono.

Viste el moro una marlota
con borlitas y madroños,
que son gracia y travesura
del canesú vaporoso,
verde, el chaleco de raso;
castaños como sus ojos,
los caireles y alamares
que adornan escote y hombros,
y esa especie de ensaimada
que turbante llama el moro,
desde la frente al cogote,
altiva, le ciñe el coco,
en cuyo centro y remate,
un medallón suntuoso
sujeta catorce plumas
teñidas de blanco y rojo.

Y tanta magnificencia
subraya un arete de oro
que le cuelga con destellos
de la mollita del lóbulos.

Al mirarse en un espejo
suspira doliente el mozo,
y contemplando sus galas,
que del vulgo son asombro,
así reta a su enemigo
con el empuje de un toro:
"Harto me tienes, Benceno,
y mal amigo es el odio,
porque con burlas intentas
cubrirme de fango y lodo.
Te mofas de mí, y tu befa,
por ser tú el befanete, ignoro,
pues de tu befa y tu mofa
yo me befo y yo me mofo.
Me envidias, porque te consta

que soy esbelto y airoso;
porque con provecho gasto
sin llegar a manirroto,
y con las damas converso,
y con los viejos razono,
y en las zambras muevo el cuerpo
mejor que lo mueven otros.

Y conozco astronomía,
y álgebra también conozco,
y si quieres que te toque
la dulzaina, te la toco.
Y domino tantas ciencias,
que lo mismo te compongo
una canción o un poema,
que te hago un arroz y pollo.
Paso que hables a mi espalda;
paso que me llames tonto;
paso que un plato de albóndigas
me hayas arrojado al rostro,
pero lo que no te paso
es que anteayer, en el zoco,
con sorna me señalases,
y me llamaras **pocholo**,
y un ¡ay! meloso lanzaras
poniendo en blanco los ojos;
y a lo lejos me gritases:
"¡Adiós, sultana del Congo!"

Abencerraje nací,
y heredé de ellos arrojo,
valentía y un lunar
en un sitio que no nombro.
¡Basta, pues, de escarnio y burla,
que ¡por Alá! no soporto
que ningún lerdo me tome
por la espingarda de Ambrosio!
Y te aviso que te aguardo
de brazos cruzado y solo
en la cuesta de Gomeles,
mañana, de siete a ocho,
y ¡por Alá! que a este asunto
que de mi casta es oprobio,
tengo, como abencerraje,
que echarle el **abencerrojo**.

JORGE LLOPIS

Moros y Cristianos

Por E. LLORENS Y VILA

Como todos los años, Elda se dispone a celebrar en el presente, con la alegría y esplendor a que nos tiene acostumbrados, sus enraizadas y suntuosas fiestas de Moros y Cristianos. Y, como todos los años, sus dos bandos, tras los desfiles de rigor, se aprestan a enzarzarse en el más incruento de los combates, que si en principio resulta favorable a los Moros, al final, como es de tradicional rigor, queda triunfante el bando Cristiano. Y luego todos, Moros y Cristianos, en fraternal camaradería, invaden los lugares de esparcimiento, iniciando nuevos planes para el año próximo con el acostumbrado jolgorio, siendo de ver el gozo de la población entera en la festera expansión de unos pocos días, tras el constante y fructífero quehacer de todo un año de ininterrumpido trabajo creador y forjador de ese emporio de riquezas y prestigio ante el mundo entero que es hoy nuestra querida patria chica.

Por otra parte, y en singular contraste, como la humanidad es una impenitente y recalcitrante gran pecadora, después de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso y de que el Supremo Hacedor dictara sus leyes sacrosantas: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente" y "parirás tus hijos con dolor", el género humano parecía haberse resignado con su suerte; pero la *soberbia*, uno de sus grandes pecados, fue incubando en él la absurda idea de desafiar el poder de Dios, pretendiendo con sus *medios materiales* llegar hasta el cielo, preparándose a edificar para ello una monumental torre que resultó un completo galimatías al confundir para siempre sus lenguas, y que desde entonces se conoce con el nombre de Babel, que significa *confusión*, y que fue la causa de la gran disgregación de la humanidad, que se vio compelida por su imposible entendimiento a expandirse por todos los confines de la Tierra, creando nuevas nacionalidades, razas, costumbres e ideologías, cada día más irracionalmente contrapuestas a medida del transcurso del tiempo.

Desde entonces, y en grado ascendente con el paso de los años, los hombres han venido construyendo nuevas torres de Babel en sus interrelaciones políticas, económicas y sociales, naciendo entre ellos un abismo de incompreensión, cuya magnitud ha ido creciendo a impulsos de su cada vez más desorbitadas ambiciones, generadoras de un brutal materialismo sin alma.

Y al igual que en las fiestas de Moros y Cristianos, han creado dos bandos con distintos grupos actualmente llamados *naciones*; se han asignado caprichosamente la misión a desempeñar en el mundo, creyendo los componentes de cada uno ser ellos y sólo ellos los únicos usufructuarios de la paz, el poder y la justicia; dentro de cada bando han ido creciendo y ensanchando, por la fuerza, sus fronteras, los más osados a costa de los más débiles o incautos, hasta

convertir a una inmensa mayoría en serviles acólitos, para acabar en los años presentes, formando dos gigantescos bloques totalmente antagónicos, capitaneados ambos por una gran potencia y señalando a los demás de cada bando, según su importancia, funciones y atribuciones de segundo y hasta tercer grado.

Y han llegado a más en su afán de disfrazar de legalidad sus insaciables e inconfesables concupiscencias; han creado un *organismo universal*, modelo de inoperancia e insensatez, auténtico aquellarre apocalíptico donde la razón de la fuerza prevalece sobre la fuerza de la razón y en donde, según frase usual, "el pez grande se come al más chico". Díganlo, si no, las consentidas matanzas de Katyn, Praga, Berlín Oriental e Irlanda del Norte; las invasiones de Vietnam y Pakistán Oriental, con sus brutales *masacres*; las "ocupaciones amistosas" de la Europa Central, con sus bestiales *genocidios*; el *muro de la vergüenza*; los actos de piratería, con la consiguiente usurpación de las Malvinas y nuestro Gibraltar, etc., etc. —un etcétera que nos evita una interminable lista de fechorías cometidas por el fuerte contra el débil, con el murmurante consentimiento del más universal de los *arcópagos*, cuando no con el más impotente de sus *benplácitos*—.

Y, como en las fiestas de Moros y Cristianos, han organizado su *festival* con base en los dos bandos: el de *los buenos*, encarnado en los Cristianos, y el de *los malos*, asimilado a los Moros; pero, a diferencia de nuestras fiestas, en que los dos bandos se hallan inconfundiblemente formados por los elementos que le son afines, en la *asamblea universal de grandes jueces* todos se dicen hallarse incluidos en el bando Cristiano, pretendiendo monopolizar los más elementales principios inherentes al orden, la legalidad y el poder, achacando a los de la parte opuesta la proyección de las más incalificables y abyectas acciones; dándose el caso peregrino de que, como ninguno se despoja ni un solo instante de su máscara y su disfraz, han convertido el Universo en un colosal pandemónium, con su nueva torre de Babel, tanto más ignominiosa cuanto que se halla integrada por los representantes de la casi totalidad de los países de nuestro actual mundo súper civilizado.

Y hasta tal punto ha llegado su calidoscópica mezcla y desorden, que así como en los desfiles de nuestras fiestas, las gentes, al paso de las comparsas, las distinguen fácilmente, designándolas por sus nombres respectivos: "Ya vienen los Moros Marroquíes"; "ya llegan los Moros Musulmanes"; "por allí desfilan los Cristianos, y los Estudiantes y los Zingaros", y así, con los dos bandos, en el carnavalesco y endemoniado *Foro Universal*, es tal el estado de confusionismo, que al referirse a sus componentes, la humanidad entera se pregunta: pero, ¿quiénes son los Moros? ¿Dónde están los Cristianos?

EL CONDE WIFREDO Y LAS MORAS DEL MORO AB-ALI

—¡Al primero que me toque una mora le retuerzo el pescuezo — exclamó fuera de sí el moro Ab-Ali.

Y tenía razón. La cosa se había puesto insoportable. El trato era el trato.

Cuando los cristianos reconquistaron nuestro valle, todos los moros optaron por huir. Todos menos uno: Ab-Ali.

Ab-Ali era como el patriarca de la comunidad árabe en estos lugares y se encontraba la mar de bien en su pequeño palacio a las orillas del Vinalopó.

Ab-Ali era un hombre tranquilo; primero por naturaleza, y en segundo lugar porque sus noventa y cuatro años no le dejaban agitarse demasiado.

Ab-Ali había nacido en nuestro valle, en el mismo palacete en el que deseaba morir, por eso no huyó con sus hermanos. Nunca había hecho daño a nadie y confiaba en los cristianos como confiaba en los de su misma sangre.

Ab-Ali consideraba a aquella guerra tan larga una sandez y creía que algún día tendría que terminar. Eternamente no iban a estar invadiendo y reconquistando.

El cabecilla de los cristianos era el conde Wifredo, y Ab-Ali, ni corto ni perezoso, fué a visitarle tan pronto aquél se hubo instalado en el valle, y le habló de esta guisa:

—¿Qué me dices de tu abuela?

El conde meditó unos segundos y respondió:

—¡Pues es verdad!

No hay duda de que hablando se entiende la gente.

Puesto que la abuela del conde Wifredo fue una bárbara que, al contrario de la abuela del moro Ab-Ali que había entrado en la península por el sur, entró por el norte, los cristianos eran invasores también, y el conde Wifredo no quiso discutir: tenía las de perder. Lógicamente, la abuela de Ab-Ali tenía más derecho a invadir a España, que le cogía a un paso, que su propia abuela que tuvo que atravesar toda Europa para llegar aquí. De modo que hicieron un trato: el moro en su casa y el cristiano en la suya.

Durante unos meses la paz reinó en el valle. Elda era entonces un vergel regado por un Vinalopó siempre vivaracho en sus aguas.

Pero el trato no duró. Un acontecimiento, motivado por una ciega pasión del señor cristiano, iba a alejar para siempre de nuestros lares a los últimos supervivientes moros.

Ab-Ali era un hombre hogareño, y si antes salía poco, ahora, desde la llegada de los cristianos, lo hacía menos. No es que no quisiera tratos con ellos; era simplemente que la edad le había convertido en un perfecto

comodón. Era un hombre amante de la música y de las letras y tenía reunida en su palacio una pequeña corte de músicos, poetas y odaliscas que serenaban su vejez con parsimonia.

El palacio de Ab-Ali, rodeado de un espléndido jardín, donde antaño los moros más influyentes del reino se habían visto trasladados al séptimo cielo con sus fastuosas fiestas, estaba cercado por un alto muro que lo ocultaba completamente a cualquier curioso que pasara por allí.

Y por allí pasó un día el conde Wifredo. Y quiso la fatalidad que este conde, que era curioso y medio, no pudiendo resistir la tentación, y faltando a toda regla de etiqueta, se hiciera aunar por dos de sus vasallos para mirar por encima del muro.

Lo que dentro vio el conde Wifredo lo dejó atónito. No fue el rico palacio de Ab-Ali de mármoles y gasas, ni el fastuoso jardín lleno de surtidores cantarines y de plantas tropicales entre las que paseaban indolentes aves exóticas de ricos y brillantes colores.

Cuando sus vasallos lo depositaron en el suelo estaba demudado. Parecía que los ojos querían salirse de las órbitas, el rostro tenía el color del rojo del hierro en la fragua, y el palpitar del corazón, debajo de la coraza de acero, producía el mismo sonido que el redoble de las campanas tocando a gloria en la misa de Resurrección.

El conde Wifredo no volvió a despegar los labios en todo el camino. Ni cuando llegó al castillo. Se limitó a ir directamente a beber agua.

Todos estaban preocupados. Así pasaron unos días de gran zozobra en la condal mansión. La condesa Albergunda, que no era tonta, empezó a sospechar lo que todas las mujeres que no son tontas sospechan siempre que ven a su marido como ausente en el techo —las tontas lo sospechan antes—, y mandó espiarlo. Nada delataba cuál pudiera ser la causa de aquella tan extraña conducta. El conde seguía con su mutismo, con esa ausencia en la mirada que le daba un ligero aire de completa memez.

La condesa Albergunda habló con los más célebres físicos del reino, incluso con uno muy famoso de Petrel, con el que no se llevaba muy bien por cosas de vecidad, y que se había jubilado hacía tiempo, y que accedió gustoso por eso de que lo cortés no quita para lo valiente. Al pobre conde Wifredo le llenaron el estómago de mejujones disueltos en el caldo de gallina que le gustaba mucho. Incluso recurrió la condesa, en un último acto de astucia, a la treta de llenar de agua bendita los recipientes de los que se servía el conde para lavarse, para que al contacto de aquella agua se purificase aquel cuerpo querido de los espíritus que parecían poseerlo. En el pueblo las buenas gentes hacían penitencia, dormían sobre cenizas y ayunaban. Pero el ánimo del conde Wifredo no cambiaba. Solamente una vez le oyeron exclamar una frase que, sabiamente interpretada, dio una pista para el esclarecimiento de aquel embrollo.

—¡Qué moras, Dios mío, qué moras!

Cuando la condesa Albergunda tuvo noticia de este suceso, no hizo una escena. Confesó, oyó misa y comulgó, como se hacía siempre en aquella época cuando una desgracia se cernía sobre alguien, y habló con mosén Alberto, un justo varón que era a la sazón capellán mayor del reino, y que casualmente se encontraba allí de visita, yendo de paso a Monóvar donde tenía un sobriño al que le había salido un uñero.

—¡Ay, mosén! —exclamó arrodillada ante el santo varón y llenándole las manos de lágrimas—. ¡Este marido y señor mío ha caído en las redes de una pasión malsana! ¡Ya no es mi Wifredo!

—Hija —la consoló, convencido de su dialéctica, mosén Alberto, mientras se secaba las lágrimas de las manos en la estola—. Déjalo de mi cuenta.

Mosén Alberto habló con el conde Wifredo. Naturalmente, como siempre que se hablaba en la Edad Media, habló de esta guisa:

—Hijo mío, tu esposa y señora Albergunda está consternada, y no es para menos. Debes alejar de tu mente esa obsesión malsana que te esclaviza como a un infiel. Vencido estás por la ciega pasión y tu espíritu hace días que se revuelca en la inmundicia del deseo y del pecado. ¡Yo te ordeno que rompas esas nefandas cadenas que aprisionan tu alma y que te sacudas el lodo de la sensualidad!

Mosén Alberto esperó unos instantes, observando atento al conde. Sus palabras, por fuerza, tenían que haber hecho mella en el ánimo del conde.

—¿Qué me respondes? —preguntóle, dando ya por vencido al conde—. Y viendo que éste no contestaba, volvió a preguntarle algo amoscado: ¿Qué me respondes, hijo mío?

El conde abrió los ojos con admiración, y como contemplando un mundo fantástico y exclusivo, exclamó por toda respuesta:

—¡Qué moras, mosén, qué moras!

Mosén Alberto perdió el color, se tragó un taco y, dominando su ira, prosiguió en un tono un tanto severo su discurso moralizante.

El conde permanecía ante él con un rictus de idiota en el semblante. Realmente no le escuchaba. Mientras mosén Alberto hablaba, en la mente del conde Wifredo aparecían de nuevo, como en la pantalla de un cine de sesión continua, igual que miles de veces desde que se encaramó por encima de la tapia, las moras del moro Ab-Alí. Volvía a verlas siempre como aquella tarde en el jardín, con esa piel morena y brillante, acariciada su desnudez por los rayos del sol, y adivinaba debajo de aquella piel una carne suave y dura, tersa como el mármol, como nunca creyó que Dios pudiera haber creado de la nada más completa.

La voz de Mosén Alberto, en el calor asfixiante de aquel crepúsculo, le llegaba a los oídos como el zumbido de un moscardón. No, no le estaba escuchando; simplemente le oía, con el cuerpo hecho un ovillo en el sillón, las piernas encogidas sobre las almohadas, la respiración jadeante como la de un perro ante una perra en celo, y con un dedo en la boca entreabierta por el que se deslizaba una babilla que le ponía perdido el puño de encaje de su rica camisa. Los ojos se le iluminaban con rara malicia y gruesas lágrimas, temblando de sensualidad, brotaban de ellos a raudales. Lo que menos podía ima-

ginar mosén Alberto, es que mientras él hablaba de continencia al conde Wifredo, el conde Wifredo, con esa serenidad que da la locura, trazaba su plan diabólico. El conde Wifredo estaba decidido: eran muchas moras para el viejo Ab-Alí.

Mosén Alberto terminó su nuevo discurso y esperó, no tan tranquilo como la primera vez, la reacción del conde.

—¡Qué moras, mosén, qué moras! —fue todo su comentario.

Mosén Alberto era un santo varón, pero herido en su amor propio, gritó como un ordinario:

—¡Conde, vete a hacer puñetas!

No era precisamente lo que iba a hacer el conde. El conde Wifredo tenía planeado algo más terrible. En su locura iba a armar a sus hombres y entrar por la fuerza en el palacio de Ab-Alí. Cuando pensaba que por fin poseería a aquellas moras, que las tendría entre sus manos trémulas por el deseo, acariciándolas con avaricia, apretándolas, revolcándose en ellas como un marrano, y que su boca iba a sentir las tan cerca, y que su lengua las iba chupar hasta la última gota de jugo y sus dientes se clavarían en aquella carne prieta y jugosa, le entró un hipo nervioso. Las moras iban, por fin, a ser para él, aunque se condenase para el resto de sus días. ¡Todas, todas las moras! En todo caso haría el favor a sus más fieles vasallos de regalarles para su solaz a aquellas que ya estuvieran arrugadas y pochadas.

Fueron inútiles las súplicas de mosén Alberto, de la condesa Albergunda y de los condesitos. Los consejeros se cansaron de aconsejar y la madre de la condesa, doña Ansalda, harta ya, se limitó a decir:

—¡Pues vaya potra que ha cogido éste! —lo que significaba que se daba también por vencida.

Todo estaba decidido en la mente del conde. ¡Mira por donde aquella pasión loca iba a terminar con los últimos vestigios moros en nuestra ciudad!

Lógicamente, el moro Ab-Alí tenía sus espías que le informaron detalladamente de los planes del conde, y fue entonces cuando pronunció aquella frase de:

—¡Al primero que me toque a una mora, le retuerzo el pescuezo!

Pero ya hemos dicho que el moro Ab-Alí era un hombre tranquilo. Y práctico. Pensó que él y su veintena de servidores poca resistencia podían ofrecer a los cristianos, de modo que optó por coger a los suyos y, amparado en las sombras de la noche, huir a Alicante para embarcar después.

Cuando por la mañana el conde Wifredo y sus hombres llegaron al palacio de Ab-Alí, encontraron las puertas del muro abiertas. Todo estaba desierto, y un silencio impresionante reinaba en el recinto. El conde Wifredo avanzó hasta el centro del jardín con paso trémulo, moralmente destrozado. Una simple mirada le había bastado para comprender que Dios había castigado su inconfesable pecado. Cayó de rodillas y hundió el rostro entre las manos. El intenso silencio se vio sacudido dolorosamente por el llanto del conde. Había más dolor en su llanto que rencor hacia Ab-Alí, el moro que le había ganado la partida. El propio cielo se había vengado ya.

Ab-Alí, antes de huir, había arrancado de cuajo todas las moreras del jardín.

Marzo de 1972

TOMAS AGUADO

ELDA en ALICANTE

Y las calles y plazas se llenaron de un variopinto, de un mundo exótico y maravilloso. Huestas Cristianas y Mahometanas invadieron jardines, lugares y avenidas.

Asombro en todos cuantos los contemplaron, riqueza de vestuarios, buen gusto, arte y alegría reinó por doquier, a la llegada de los hijos de Elda, sintiéndose tan alicantinos como el que más, al igual que Alicante se sintió a su vez tan eldense como lo pudiera ser cualquiera de los recién llegados.

CABALGATA PROVINCIAL ALICANTINA

Que lleva dieciséis años con tal denominación, aunque data de muchísimo antes, si bien entonces se le conocía con el poético nombre de Ofrenda de la Huerta a la Ciudad. Riqueza en el folklore, manifestaciones de costumbres evocadoras de la belleza única de nuestros pueblos de la montaña, del llar, del mar y del llano. Costumbres ancestrales invaden las calles alicantinas perfumando a su paso el ambiente con el aroma a espliego, a membrillos, a manzanilla, a cantueso, a hierba-buena, y ante tal riqueza, poesía y colorido en la presentación de este singular espectáculo, que es a su paso un derroche del orgullo de la capital por esa ciudad. Elda, por su tesón industrial y laborioso, ha logrado un arte en sus fiestas, que como un botón de muestra presentó en ésta, su capital, Alicante; fiestas de pólvora sedientas de amor, pero no de amor carnal, sino de cariño, cariño de

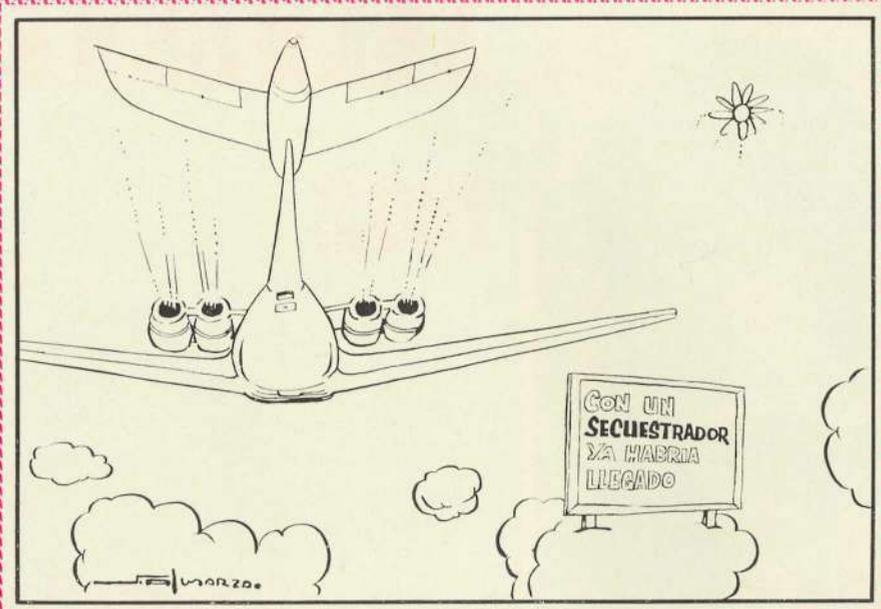
fusión y enaltecimiento de nuestra provincia, plenamente logrado en su presentación, en ese desfile inolvidable de 1971, que causó asombro y quedó grabado para siempre en todos cuantos contemplaron el mismo, y yo, en nombre de Alicante, como presidente de la Comisión de Fiestas del Excelentísimo Ayuntamiento, y en el mío propio, doy las gracias a esa ciudad maravillosa y orgullo nuestro que es Elda, con sus Moros y Cristianos, que hablan de épocas gloriosas de reconquistas patrias, para enaltecimiento de nuestra provincia alicantina.

Sirvan estas líneas como canto a esa Elda de grandes industrias, de probada hospitalidad de sus habitantes y de anuncio para que los que ignoren estas fiestas tan levantinas acudan durante esos días a Elda y gozarán de un espectáculo tan fantástico e irreal que perdurará para siempre en la mente de todos los que tengan la dicha de verlo; recordarán *con agrado su estancia en esta ciudad, degustarán* de sus famosos yantares, podrán saborear los caldos del Valle, procedentes de viñedos plantados por griegos, y serán, al igual que nosotros, los alicantinos, unos paladines más que ensalcen a la tierra del inolvidable Castelar.

TOMAS VALCARCER DEZA.

Teniente de alcalde, presidente de la Comisión de Fiestas del Excelentísimo Ayuntamiento de Alicante y presidente de la Comisión Gestora de las Hogueras de San Juan

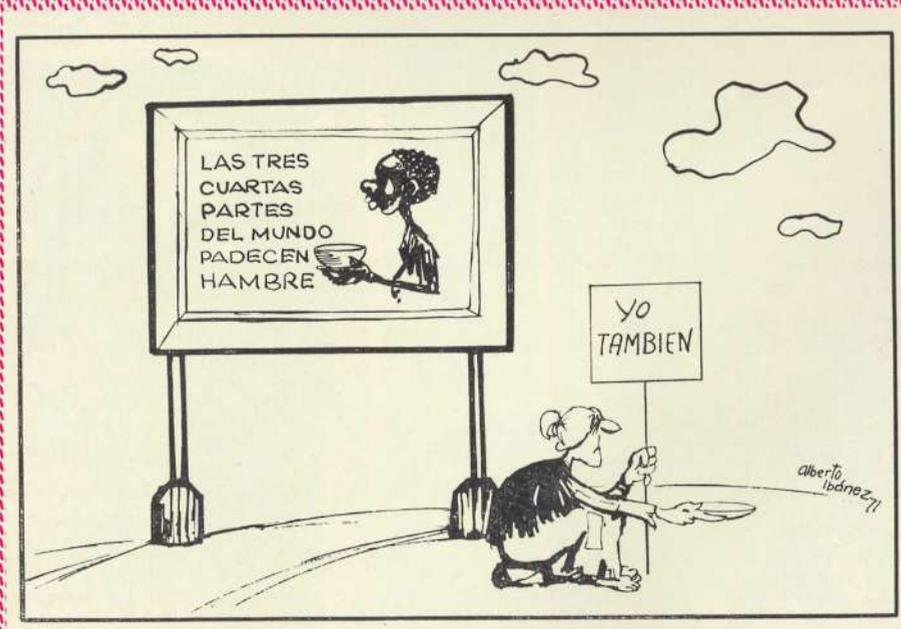




PRIMER PREMIO



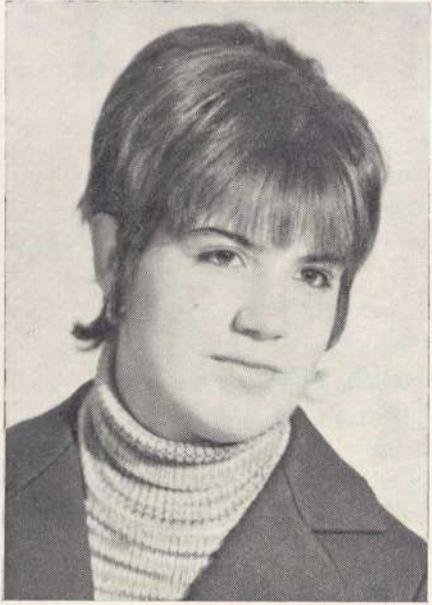
SEGUNDO PREMIO



TERCER PREMIO

ABANDERADAS

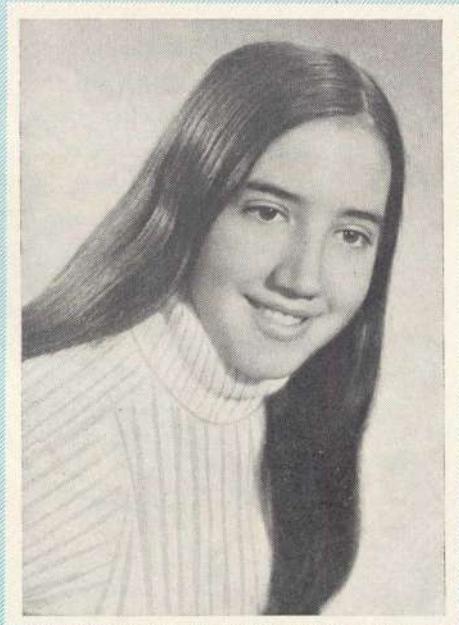
1972



COMPARSA DE CRISTIANOS
Srta. Magdalena Marcos Beneito



COMPARSA DE CONTRABANDISTAS
Srta. M.ª Gloria Guinea Martínez



COMPARSA DE ZINGAROS
Srta. Vicenta Martínez



COMPARSA DE ESTUDIANTES
Srta. M.ª Dolores Maestre Vera



COMPARSA DE ZINGAROS
Srta. Pepita Martínez



COMPARSA DE PIRATAS
Srta. M.ª Hortensia Martínez Segura



COMPARSA DE MOROS MARROQUIES
Srta. Paquita Poveda Quesada



COMPARSA DE MOROS MUSULMANES
Srta. Emi Yuste Bellot



COMPARSA DE MOROS REALISTAS
Srta. M.ª Isabel Ortega Martínez

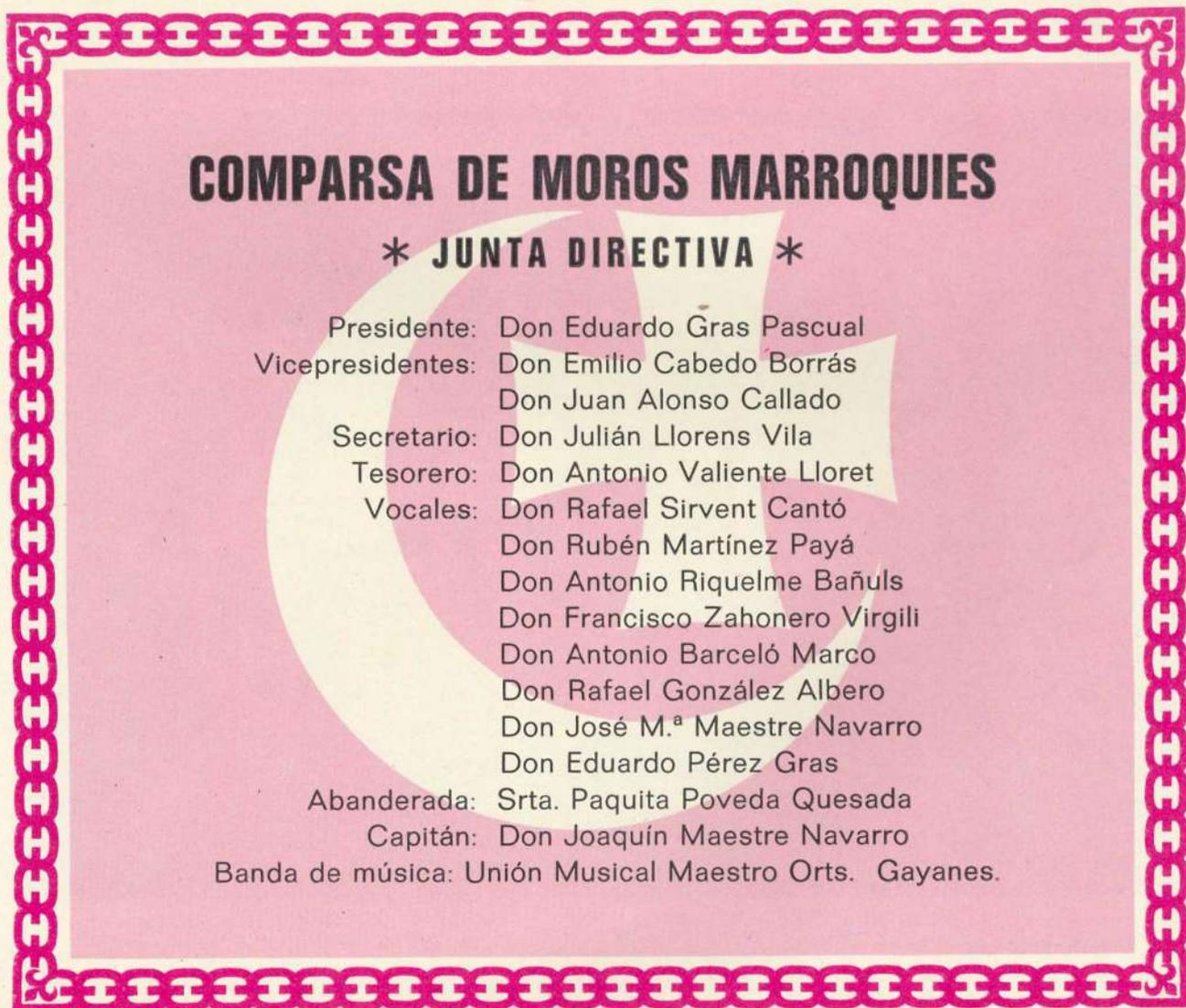




COMPARSA DE MOROS MARROQUIES

* JUNTA DIRECTIVA *

- Presidente: Don Eduardo Gras Pascual
Vicepresidentes: Don Emilio Cabedo Borrás
Don Juan Alonso Callado
Secretario: Don Julián Llorens Vila
Tesorero: Don Antonio Valiente Lloret
Vocales: Don Rafael Sirvent Cantó
Don Rubén Martínez Payá
Don Antonio Riquelme Bañuls
Don Francisco Zahonero Virgili
Don Antonio Barceló Marco
Don Rafael González Alberó
Don José M.^a Maestre Navarro
Don Eduardo Pérez Gras
Abanderada: Srta. Paquita Poveda Quesada
Capitán: Don Joaquín Maestre Navarro
Banda de música: Unión Musical Maestro Orts. Gayanes.







COMPARSA DE MOROS MUSULMANES

* JUNTA DIRECTIVA *

- Presidente: Don José Hernández Albert
Vicepresidentes: Don José Rodríguez Espinosa
Don José Muñoz Ortega
Don José M.^a Gil Fernández
Don Salvador Lázaro Grán
Secretarios: Don Jaime Bellot Amat
Don Elías Jover Páez
Secretario de actas: Don Juan Sanchiz Rubio
Vocales: Don Manuel Lázaro Grán
Don Oscar Porta Rosas
Don Pedro Pradas Pérez
Don Constantino Amorós Rico
Don Vicente Gutiérrez Molines
Don José Juan Martínez Romero
Don Roberto Navarro Candelas
Don Cayetano Cano García
Don Isidro Calvo Juan
Don José Navalón Fraile
Don Pedro Requena Orgilés
Abanderada: Srta. Emi Yuste Bellot
Capitán: Don Jaime Bellot Chiquillo
Banda de música: Unión Musical Contestana de Cocentaina







COMPARSA DE MOROS REALISTAS

* JUNTA DIRECTIVA *

- Presidente de honor: Don Rafael Silvestre Marín
 Presidente: Don José Andrés Beltrán
 Vicepresidente 1.º: Don Manuel Moreno Amat
 Vicepresidente 2.º: Don Juan Calatayud Benito
 Secretario: Don Enrique Navarro Payá
 Tesorero-Contador: Don Benjamín Rueda Catalán
 Delegado de Loterías: Don Juan Payá Silvestre
 Vocal de honor: Don José Vilar Alba
 Vocales: Don Arturo Berenguer Quiles
 Don Benito Forte Madrona
 Don José Panadero Varela
 Don Manuel Pérez Galipienso
 Don Juan José Ruiz García
 Don Pedro Jordá Vidal
 Don David Millán Ibáñez
 Don Félix Zafra Ibáñez
 Don José Serrano Palao
 Don Andrés Moreno Amat
 Don Francisco Romero López
 Abanderada: Srta. María Isabel Ortega Martínez
 Capitán: Don José M.ª Forte Muñoz
 Bandas de música: Unión Musical de Educación y Descanso de Alcoy
 y Unión Musical de Agres.

CANTO A MI PUEBLO

Coctel Literario QUIRURGICO SIDERAL en verso arromanzado y estilizado.

La Literatura QUIRURGICO SIDERAL
Es el arte de escribir
Gansadas Inocentes
que procuren el Regocijo y Carcajeo
entre OYENTES o LEYENTES.

En un barreño de vidrio
transparente, del mejor,
vierta miles de vecinos
de probada condición
de aquí, de allá, de cien pueblos,
en mezclada profusión.

Y para que salga el coctel
perfecto en su ejecución
vaya echándole ingredientes
por orden de colación.

De trabajo... a borbotones
hasta la exageración;
pues es la base del coctel
para su fama y sabor.

De cariño al forastero...
cuanto más ponga mejor.

Buen stock de vermuteos
y punticas de picón
y para tapas espulse
una extensa variación,
desde cornetas picantes
hasta lonchas de jamón.

Y de Fiestas Protegidas
de las... sin recuperación
y excursiones domingueras
en pos de la diversión;
entre risas y canciones
pregones del buen humor

de eso, eche a manos llenas,
no se achique, por favor.

Letras de Cambio a millares,
pues suelen ser el motor
para fabricar especias
que al coctel le den sabor.

Y el que venga atrás que arree.
(Como Dijo Salomón
en aquel famoso juicio
del mañaquico en cuestión.)

De penas y de quebrantos
ponga una buena ración,
unos puños de amargura
y otros de desilusión,
que para gozar lo bueno,
hay que sufrir lo peor.
Esta es condición Divina
es Divina condición.

Y cuando esté todo a punto
según esta explicación,
hecho bien el remeneo
y agiteo de rigor,
mire al barreño muy fijo
a transparencia del sol
y verá un letrado ¡ELDA!
ése es mi pueblo, señor.

Emilio Rico Albert

IN MEMORIAM



Todavía no se habían iniciado los preparativos de nuestra fiesta de Moros y Cristianos del año 1971 y ya conocíamos, los más allegados a su persona, el triste desenlace al que estaba predestinado nuestro buen amigo Tamayo.

En la medida de nuestras fuerzas, hasta que éstas nos abandonaron, cooperamos, junto con los suyos, a mantener encendido el débil rayo de la esperanza de que pudiese vencer a la cruel dolencia que padecía. No lo consiguió y ya no pudo ver, aunque hubiese sido

la última, el desfile de las comparsas a las que presidió a lo largo de algunos años con la complacencia de todos.

La última noticia de fiestas que recibió fue el programa de las mismas; a raíz de ello se iniciaron de manera fatal las últimas horas de su vida.

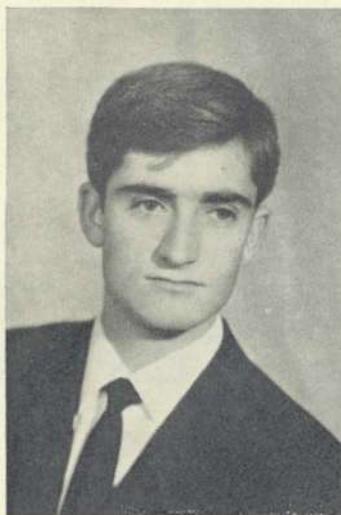
La noche de la Retreta, el cohete de iniciación de las fiestas, el que durante tantos años él encendiera la mecha, me cupo el honor a mí de encenderlo, y a la fuerza impulsora de la pólvora uní en ese momento una plegaria por su alma con el fervor de una amistad, nunca truncada, para que ascendiese aún más alto, y desde allá arriba pudiese ver el amigo, con los ojos del alma, el homenaje de adhesión a su gestión que todos los componentes de la fiesta, y especialmente sus amigos, le ofrecíamos como póstumo tributo público al que todo lo mereció en la vida y salió de ella, cosa difícil, sin dejar tras de sí rencores ni enemistades, ejemplo de una limpia ejecutoria y una entrega y servicio a los demás, digna de ser imitada.

Ofrezco, a la memoria de mi buen amigo Antonio Tamayo, desde estas páginas de nuestra "Revista", los aciertos que pueda tener en el haber de mi gestión, como sencillo, cariñoso y sentido homenaje en holocausto de nuestra sana, sincera y leal amistad.

JENARO VERA NAVARRO

Raro es el año que el destino no cobra el tributo de una vida a la familia festera. Somos ya muchos los que formamos parte de ella, pero que nos arranque una vida joven, llena todavía de ilusiones y rica en valores humanos, no es cosa corriente. Por ello nos duele todavía más cuando esto ocurre, y más todavía si a la persona del que se nos llevan estamos ligados por fraternales lazos de amistad, ya sean directamente o a través de los suyos.

El Bando Moro en muy corto espacio de tiempo se ha visto privado de tres de sus más destacados festeros, en una misma rama, ya que a la lamentable desaparición del hijo, se sufrió el pasado año la del abuelo, y hemos de añadir ahora la del nieto. Tres vidas que tanto en la fiesta como fuera de ella, cada una en su medida y edad, dieron muestras patentes de virtudes y abnegaciones con una entrega total al bienestar de los demás.



Descanse en paz José Antonio Juan Vila.

RESUMEN DE UN AÑO DE FIESTA

Vamos a comenzar con la presente Revista de nuestras fiestas un orden cronológico de todo lo acontecido, desde el mes de abril de 1971 al mes de enero del presente año 1972. Todo lo que suceda entre esta última fecha y nuestras fiestas del mes de junio prometemos ofrecérselo a ustedes, simpatizantes de nuestras fiestas, en la Revista de 1973.



ABRIL 1971

En el elegante marco de la Feria (Restaurante Ficia) tuvo lugar el acto de Proclamación de Abanderadas y Capitanes 1971. A este brillante acto asistieron más de trescientos invitados de las distintas comparsas. El pregón de fiestas lo ofreció el conocido y famoso escritor Evaristo Acevedo, colaborador de la Codorniz y de diferentes diarios de nuestra nación. A este acto, que asistieron nuestras primeras autoridades imponiendo las bandas acreditativas a las distintas Abanderadas y capitanes, se le puede considerar como el primer éxito de la actual Junta Central.

MAYO 1971

El día 22, a las seis de la tarde, fueron inaugurados el Primer Concurso Nacional de Dibujos de Humor en los Salones del Casino Eldense, gentilmente ofrecidos por su Junta Directiva a la Junta Central de Comparsas.

A las siete de la tarde de este mismo día fue inaugurada la Primera Feria del Libro de Humor. A estos dos actos asistieron nuestras primeras autoridades y numerosos simpatizantes de las fiestas.

El día 24 se celebró en los Salones del Casino Eldense la primera conferencia anunciada sobre humor, a cargo del conocidísimo Jorge Llopis.

El día 27, también en el Casino Eldense, se celebró la segunda y última conferencia anunciada, a cargo esta vez de Evaristo Acevedo; tanto ésta como la anterior conferencia estuvieron muy concurridas de público, que premió con largos y cálidos aplausos a los conferenciantes.

El día 28, por la noche, dieron comienzo las fiestas de Moros y Cristianos 1971. Durante todo el año se había venido hablando de las fiestas, creando un ambiente extraordinario en nuestra ciudad. Esto que decimos se pudo comprobar en esta noche de la Retreta, en que más de quince mil personas presenciaron el comienzo de las fiestas.

El día 29 dieron comienzo las fiestas con el traslado del santo desde su ermita al templo de Santa Ana. A la una de la tarde se disputó el Primer Trofeo de Balonmano "Moros y Cristianos" entre los equipos de nuestra ciudad, Mis Muchachos y Atlético Monumental, venciendo los primeros y proclamándose campeones.

Por la tarde nuevamente se volvió a batir el récord de público. El desfile nocturno se calcula que lo presenciaron más de veinticinco mil personas, estando todo el recorrido completamente abarrotado de público.

El día 30, aparte del desfile de la mañana, se puede decir que la procesión en honor de San Antonio Abad fue de las mejores que se han hecho en toda la historia de las fiestas. Más de dos mil personas tomaron parte activa y una gran muchedumbre presenció este brillantísimo acto, que fue presidido por la Junta Central y autoridades locales.

Día 31. Llegamos a este último día de fiestas. Después del traslado del Santo a su ermita, un pequeño descanso para los comparsistas; después, la Guerrilla, que no resultó todo lo brillante que se esperaba, y después, la Gran Batalla de Confettis y Serpentinatas, que puso broche final a las fiestas de Moros y Cristianos de 1971.

JUNIO 1971

Día 23. Al haber sido invitadas nuestras comparsas



para participar en el Gran Desfile folklórico de la Provincia, éstas se desplazaron a la capital alicantina. El éxito fue de época. Más de veinticinco mil personas presenciaron y aplaudieron a rabiar a nuestros comparsistas, que en un número aproximado al

millar acudieron a este desfile dispuestos a dejar bien alto el pabellón festero de nuestra ciudad. Hay que decir que este empeño se consiguió merced al entusiasmo que pusieron todas las comparsas por quedar bien en este importante desfile.



La expedición eldense estuvo compuesta de quince autocares y más de cien turismos particulares, dando una nota de vistosidad y alegría, a la hora de partir, como jamás se había conocido.

NOVIEMBRE 1971

Día 20. Por fin la Junta Central de Comparsas comien-



za a recoger los frutos por ella apetecidos, y en la tarde del día 20 de este mes es inaugurado el nuevo local social de la Junta Central; local sencillo, pero que reúne las condiciones necesarias para el trabajo que realiza la Junta Central. Este local está enclavado en la calle Lope de Vega, 3.

Al acto de inauguración asistieron numerosas personalidades, y en nombre del Excelentísimo Ayuntamien-

to estuvo presente el primer teniente de alcalde don Pedro Mestre Guarinos, quien animó a los componentes de la Junta Central a seguir laborando para bien de las fiestas, que, al fin y a la postre, es laborar también por el nombre de Elda.

ENERO 1972

Día 22. Se celebra la fiesta de San Antón, Patrono de nuestras fiestas. Por la noche, en la Sala de Fiestas Las Vegas, de nuestra ciudad, se celebra un magnífico festival en honor de Abanderadas y Capitanes. Este festival estuvo muy concurrido de público, que lo pasó estupendamente con la sensacional Orquesta Los Cid, el conjunto Los Esturiones y la gran vedette Lita Díaz.

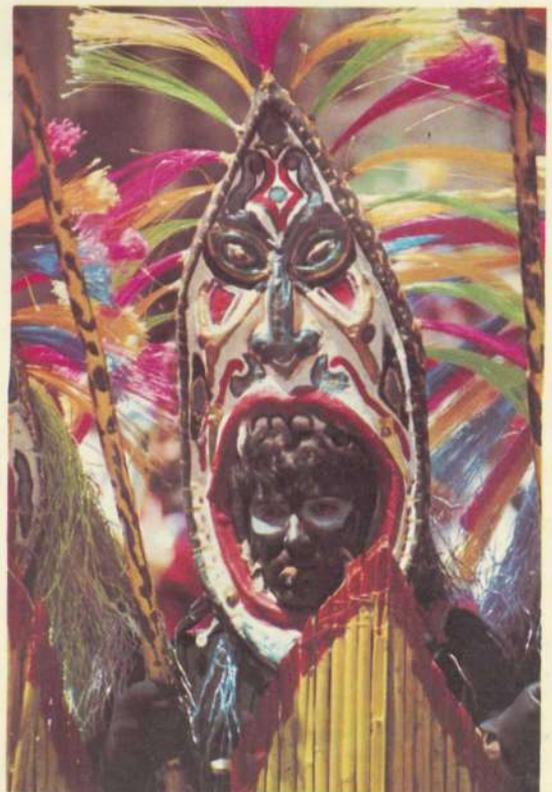
Día 23. Por la mañana se trasladó la imagen de San Antón a su ermita en medio de una gran animación de comparsistas y público.

También dentro de esta festividad se celebró el II Concurso de Fotografías de Moros y Cristianos, siendo el primer premio de fotografía para Alberto Navarro (Carlson); en diapositivas, al quedar desierto el premio primero, el segundo se lo adjudicó el conocido fotógrafo Rafa.

Día 29. Se jugó la final del II Torneo San Antón de Fútbol, organizado por la Junta Central de Comparsas, entre las comparsas finalistas de Estudiantes y Piratas; vencieron los Estudiantes. Al final del partido se llegó con empate a tres, y después, a base de lanzar penalties, los Estudiantes se alzaron con el triunfo, que consiguen por segunda vez consecutiva y precisamente ante el mismo rival, los Piratas.

Y..., hasta el año que viene.

LA JUNTA CENTRAL DE COMPARSAS





boda festera entre contrabandistas

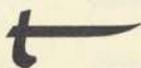
Seguramente, uno de los actos más serios y emotivos de nuestras pasadas Fiestas de Moros y Cristianos, fué la boda celebrada el sábado día 29 de Mayo de 1971, una hora escasa antes de iniciarse el primer desfile de las Comparsas.

Fueron los protagonistas de este sencillo y feliz acto, la Abanderada y el Capitán de la Comparsa de los Contrabandistas, que sellaron y sancionaron su noviazgo, iniciando con broche festero, un nuevo capítulo de sus vidas, nueva etapa que todos deseamos de corazón,

sea feliz, próspera, fructífera y duradera.

Hasta ahora, nuestros deseos se ven cumplidos pues cuando estas líneas aparezcan en nuestra Revista de fiestas, la feliz pareja ya habrá inscrito en las listas de su Comparsa, una nueva Contrabandista a la que le deseamos que dentro de unos años pueda lucir al frente de su Comparsa, con el mismo garbo, soltura, salero y belleza como lo hizo su madre en esos para ella, inolvidables días de su Reinado al frente de sus marciales huestes.

Todos estamos pues, de enhorabuena.





Guión de Actos ★ Año 1.972



Día 27 de Mayo, Sábado

A las 7 de la tarde, inauguración de la Exposición del II Concurso de Dibujo de Humor, en los salones del Casino Eldense.



Día 31 de Mayo, Miércoles

A las 8 de la tarde, inauguración del alumbrado extraordinario con motivo de las Fiestas.



Día 2 de Junio, Viernes

A las 12 de la mañana, disparo de cohetes y morteretes.

A las 12 de la noche, desde la Plaza de José Antonio, GRAN TRACA DE LUJO, que terminará en las torres del Templo de Santa Ana, con una COLOSAL PALMERA de fuegos artificiales, anunciando así el comienzo oficial de las Fiestas.

Acto seguido, GRAN RETRETA, con la participación de todas las Comparsas, con sus bandas de música, por el siguiente itinerario:

Plaza de José Antonio, Purísima, Sanjurjo, Antonio Maura, Generalísimo, General Mola, Legionarios y Novo Hamburgo.

A la 1 de la madrugada, CASTILLO DE FUEGOS ARTIFICIALES, desde el recinto de antiguo Castillo.



Día 3 de Junio, Sábado

A las 8 de la mañana, DIANA y disparos de cohetes.

A las 11'30 de la mañana, TRASLADO DE LA IMAGEN DEL SANTO, en Procesión, desde su Ermita hasta la Iglesia de Santa Ana, por el siguiente itinerario:
Independencia, Sanjurjo, San Roque, Colón, Generalísimo, General Mola y Los Giles.

Seguidamente, ofrenda de flores a la Santísima Virgen de la Salud, por todas las Abanderadas, y SOLEMNE MISA en honor del Santo.

A las 8 de la tarde, PRIMERA ENTRADA, por las siguientes calles:
José María Pemán, Dahellos, General Mola, Generalísimo, Antonio Maura y Avda. de Chapí, hasta la confluencia con Padre Manjón.



Día 4 de Junio, Domingo

A las 8 de la mañana, DIANA y disparo de cohetes.

A las 10 de la mañana, SEGUNDA ENTRADA, por el mismo itinerario que el día anterior.

A la 1'30 de la tarde, en el Casino Eldense, entrega de los premios del II Concurso de Dibujos de Humor a los participantes que hayan obtenido los tres primeros puestos.

A las 6 de la tarde, EXTRAORDINARIA CORRIDA DE TOROS, en la que intervendrán los famosos espadas: ANGEL TERUEL, DAMASO GONZALEZ Y JOSE MARI MANZANARES.

A las 7'30 de la tarde, SOLEMNE PROCESION, por el siguiente recorrido:

Los Giles, General Mola, Generalísimo, Antonio Maura, Queipo de Llano, Barberán y Collar, General Aranda y San Francisco.

Día 5 de Junio, Lunes

A las 8 de la mañana, DIANA y disparo de cohetes.

A las 11 de la mañana, SANTA MISA, por los comparsistas fallecidos.

A las 12 de la mañana, TRASLADO DE LA IMAGEN DEL SANTO, a su Ermita, desde la Iglesia de Santa Ana, por el siguiente itinerario:

Plaza de José Antonio, Andrés Amado, Independencia hasta la Ermita. A la entrada del Santo, será disparada una EXTRAORDINARIA MASCLETA, desde la falda del Castillo.

A las 5 de la tarde, GUERRILLA entre las huestes moras y cristianas, dando comienzo en la calle Aragón, confluencia, con Ramiro de Maeztu, siguiendo por Aragón, Príncipe, Avda. de Alfonso XIII hasta el Estadio Municipal, donde estará emplazado el Castillo.

A las 6'30 de la tarde, LAS EMBAJADAS, con la toma del Castillo por las huestes moras, y la reconquista, por parte de las cristianas.

A las 9 de la noche, GRAN BATALLA DE FLORES, por el siguiente itinerario:

José María Pemán, Dahellos, General Mola, Generalísimo, Antonio Maura, Avda. de Chapí, hasta la confluencia de Padre Manjón.

Con este acto, se dan por finalizadas las Fiestas de Moros y Cristianos del año 1972.

Elda, Junio de 1.972

LA JUNTA CENTRAL DE COMPARSAS

